

ORÍGENES
DE
LA CIVILIZACIÓN
ADÁMICA
BIOGRAFÍA DE ABEL



JOSEFA ROSALÍA LUQUE ÁLVAREZ

I

Josefa Rosalía Luque Álvarez

**ORÍGENES DE LA
CIVILIZACIÓN ADÁMICA**

TOMO I

**Obras de Fraternidad Cristiana Universal
Josefa Rosalía Luque Álvarez**

“Orígenes de la Civilización Adámica”

Vida de Abel

“Moisés”

El vidente del Sinaí

“Arpas Eternas - Cumbres y Llanuras”

Vida de Yhasua de Nazareth - Apóstoles y Amigos

“Llave de Oro - Siete Portales”

Los Maestros

“Para Ti”

El Huerto Escondido

Paráfrasis de la Imitación de Cristo

Azucenas de mi Huerto

Lirios de la Tarde

Cinerarias

E-mail:

alboradacristiana@elcristoes.net

Webs:

<http://www.fraternidadcristianauniversal.com>

<http://www.fraternidadcristianauniversal.net>

<http://www.elcristoes.net/fcu>

Josefa Rosalía Luque Álvarez

ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN ADÁMICA

TOMO I



ALBORADA **CRISTIANA**
C/ Jardín, 11 - San Fernando de Henares
28830 MADRID - ESPAÑA
alboradacristiana@elcristoes.net

© Derecho de Autor: Hugo Jorge Ontivero Campo
Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Ediciones en castellano:

Hugo Jorge Ontivero Campo - Editor

Año 1961

Editorial Kier S.A. - Argentina

Año 1969 - 2000

©Editor Hugo Jorge Ontivero Campo - Alborada Cristiana

Año 2004 - 2007

Ediciones en portugués

Editora Pensamento-Cultrix Ltda. — Sao Paulo, Brasil

Edición Cotejada con los originales de la autora por:

Hugo Jorge Ontivero Campo

Diseño de Tapa: Sabino del Pino Galán

Diseñador Gráfico: Sabino del Pino Galán

Obra completa I.S.B.N.-13 978-84-933782-5-7

Tomo 1 I.S.B.N.-13 978-84-933782-6-4

Depósito legal:

Impreso en España

Printed in Spain

Índice Tomo I

J. R. del Corazón de Jesús Luque Álvarez: Semblanza.....	13
J. R. del Corazón de Jesús Luque Álvarez: Biografía.....	15
Portada.....	17
Los prófugos.....	21
Los caminos de Dios.....	33
Joheván y Aldis.....	44
Las fuerzas radiantes.....	52
La vida en la caverna.....	57
La vida en el Santuario.....	61
Gaudes.....	67
Leyendo el pasado.....	71
Los jornaleros de Gaudes.....	85
Funerales Kobdas.....	90
La confidencia en la caverna.....	94
Los piratas.....	100
El velero.....	103
La transmigración de Bohindra.....	108
Joheván libre.....	111
Abelio de Cretasia.....	118
Bohindra joven.....	120
El ágape.....	124
Nieve y escarchas.....	126
La mujer fuerte.....	128
Aldis y sus nuevos compañeros.....	131
El Kobda Rey.....	135
Milcha, la heroica.....	139
La humanidad caída.....	142
La alianza del Éufrates y el Nilo.....	149
Las glorias del deber cumplido.....	152
Las mujeres Kobdas.....	160
La enseñanza de Tubal.....	163
La magia del amor.....	169
La esclava libre.....	172
Los pequeños eremitas.....	176
Adamú y Evana.....	181

Índice Tomo I

Los precursores del Verbo de Dios.....	192
La luz baja a la tierra.....	198
Aclarando sombras.....	207
El paraíso de Adamú y Evana.....	209
Siguiendo a la caravana.....	225
Los tubos de cobre.....	231
Removiendo el pasado.....	235
Senio.....	239
Golondrinas que vuelven.....	245
La historia de Shiva.....	250
El Santuario de La Paz.....	255
En el Éufrates.....	261
Ada de Musur.....	270
La Reina Kobda.....	275
La Gran Alianza.....	280
Bohindra y Ada.....	287
El poder del pensamiento.....	291
Niño con los niños.....	297
Los pabellones de los Reyes.....	302
El Niño-Maestro.....	307
El despertar del Niño-Luz.....	309
Observaciones de Abel.....	312
Camino de las tinieblas.....	317
El Himno de la Tarde.....	324
El Kobda niño.....	334
El joven Maestro.....	340
Madeo de Gahanna.....	344
Veinte años de amor.....	347
El habitante de Sirio.....	350
Primera misión de Abel.....	353
Babel prehistórica.....	360
El Hombre-Luz.....	366
El Príncipe de Shivara.....	374
Helia y Mabi.....	380
El hombre de las hojas secas.....	383

Índice Tomo I

El interrogante de Iber.....	391
Los cañaverales del Éufrates.....	396
Los dos Santuarios.....	401
Rosas del atardecer.....	406
Num-Maki.....	409
El reino de Bau.....	411
El camino de las tinieblas.....	415
La mensajera Kobda.....	420
El perdón y la justicia.....	424
La caverna de los vampiros.....	433
Esperad al Amor.....	437
En la caverna de Gaudes.....	442
La ciencia del bien y del mal.....	446
El Príncipe de Ethea.....	449
Kobdas y Berecinas.....	452
El festín.....	459
De tal madre tal hijo.....	465
El sueño de Elhizer.....	468
La Reforma.....	472
Las siervas.....	478
Abel y Zurima.....	484
Las primeras espigas.....	503
El holocausto.....	506
Cabos sueltos.....	511
En busca de “La Paz”.....	515
Libros Vivos.....	520
Neghadá.....	529
En el fondo de la copa.....	538
Remembranzas.....	544
El nido en la Cruz.....	558
Los príncipes pastores.....	566
A la puerta del Santuario.....	572
La vida en Venus.....	578
La paloma mensajera.....	583
Horizontes lejanos.....	592

Índice Tomo I

Las mujeres Kobdas.....	599
La vuelta al nido.....	608
Las espinas del rosal.....	616
Iber, el joven Chalit.....	622
El peñón de Sindi.....	630
Cielo y Rocas.....	638
Hombre de las cavernas.....	648
La voz del desierto.....	657
Amor que no muere.....	670
El amanecer en “La Paz”.....	679
Los rosales seguían floreciendo.....	685
Agua y cielo.....	689
La mujer de alabastro.....	700
La justicia de Iber.....	716
Arco de oro.....	726
Sol de la tarde.....	734
Cuando se quebranta la Ley.....	743
Cuando nadie sufra.....	752
El velo blanco.....	758
La redención de Marván.....	769
Flor de montaña.....	776
Los amantes de Dios.....	781
La amada invisible.....	788
Hacia Num-Maki.....	800
La cautiva.....	823

Mapa “Región de los Cinco Mares”

Mapa-mundi “Época Atlante”

Mapa-mundi “Época Lemur”

*Tienes el enigma insondable, eterno
¡Oh, divina maga de pupila audaz!...
Y si tú lo sabes, lo vives, lo sientes,
Y eres hada buena llena de piedad,
Dime tu secreto luz de la alborada,
Luz del medio día,
¡Luz de atardecer!...
Que si sólo un aliento de vida
Palpita en mi ser,
Oírás como un eco lejano,
Gemido o clamor
Que te dice: ¡Maga...
Dímelo al oído!...
Con tu voz sin ruido...
¿Cómo es Dios? ...
“¡Como tú, cuando vibres como Yo!”*



Josefa Rosalía Luque Álvarez

SEMBLANZA

de Doña Josefa Rosalía Luque Álvarez
“Mamina” para sus íntimos

De estatura baja, cuerpo delgado, conservó en su vestimenta el largo al tobillo y la sencillez en toda ella.

Sin adorno y maquillaje, se peinaba el largo cabello hacia atrás, terminando en un rodete en la nuca, cubriendo su cabeza con el capelo.

De ojos grandes, color negro, mirada leal, sincera, suaves, en los que no había dobleces.

Manos delicadas, delgadas, dedos largos y finos, hechas para la prosa y la poesía.

De voz suave y pausada.

De andar ligero, los que la acompañaban debían acelerar los pasos.

De trato cordial y afectivo.

En la intimidad de su alcoba-escritorio, en las horas de soledad y silencio, escribía en cuadernillos hechos por ella misma, lo que se ha dado a conocer como la “Obra de la Fraternidad Cristiana Universal”. Estando los mismos a resguardo del deterioro o manoseo.

Supo enfrentarse, con toda serenidad, a las impertinencias y prepotencias de inconscientes, dando respuestas cortas y sencillas, con tal lógica que desarmó a más de un bruto, aunque la procesión fuera por dentro.

Cumplió a mis ojos y sentir humano con su propia Ley para concretar la Obra, contra vientos y mareas, soportando bravas tormentas sin claudicar de su pacto con el Divino Maestro. Siendo el Amor de Él y a Él, soporte de sus angustias y soledades interiores y exteriores.

Reflexionad que en su Obra trajo nuevamente al Cristo a la Tierra, tal cual lo sentimos vivir en nuestro corazón.

Con todo amor.

Hugo Jorge Ontivero Campo - Depositario legal, colaborador y esposo de la escritora.



Josefa Rosalía Luque Álvarez

JOSEFA ROSALÍA LUQUE ÁLVAREZ

Biografía

Nació en la ciudad de Villa del Rosario, provincia de Córdoba, República Argentina, el día 18 de marzo del año 1893. Siendo sus padres Don Rafael Eugenio Luque y doña Dorotea Álvarez. Educada en el Colegio de las Carmelitas Descalzas de la ciudad de Córdoba.

Radicada desde el año 1932, en una isla del delta bonaerense en la localidad de Tigre, fundó la escuela “Fraternidad Cristiana Universal” en el año 1938. Siendo sus fundamentos: el cultivo interior por el “conocimiento de sí mismo”, y la unión íntima con la Divinidad por la meditación conjuntamente con el buen pensar, sentir y obrar.

Siendo la tetralogía de la Obra, las bases del conocimiento espiritual, moral y ético.

Escritora de pluma ágil, con alas de cóndor, remontó los planos terrestres hasta posarse en la morada de los elegidos por la Eterna Ley para descorrer los velos del Archivo de la Luz, donde está grabada con calcos a fuego la evolución de cada partícula de chispa divina emanada del Gran Todo Universal.

¿Qué vio su mente iluminada? ¡Formidable Apocalipsis presenció al descorrer un Arcángel, ante ella, el velo de desposada de la Maga Invisible de los Cielos, y dejar al descubierto las glorias, triunfos, luchas, abnegaciones, sufrimientos y esplendores de la muerte de los amantes del Amor y la Justicia por un Ideal de liberación humana!

¿Qué más? Las vidas de los misioneros divinos que limpiando de malezas los campos, abrían surcos para la siembra del Amor Fraterno en las almas que serían las encargadas de hacerla fructificar el ciento por uno.

¿Y por último? Las vidas mesiánicas de un Arcángel del Séptimo Cielo de los Amadores, que dejando su morada de paz y amor, descendía a los planos terrestres para mezclarse con las pequeñas almas inconscientes de su destino, y también para que de su mano, de su manto, nos prendiéramos los que queríamos dejar de ser almas que se revuelcan entre el lodo de las propias pasiones, de los deseos insatisfechos, de los egoísmos que fueron formando lacras y manchando la vestidura que cubre a la Esencia Divina.

¡Todo eso! ¡Mucho más! Vio en ese espejo brillante y límpido

como no hay otro y descendiendo en raudo vuelo, pero con hondo dolor, traspasó al papel todo lo que su mente vio y su corazón sintió.

A ti, lector amigo, se te ofrece con todo amor, lo que su amor creó a través de más de treinta años de escritura: “Orígenes de la Civilización Adámica”, “Moisés”, “Arpas Eternas - Cumbres y Llanuras”, “Llave de Oro - Siete Portales”.

Pequeñas joyas espirituales: “El Huerto Escondido”, “Paráfrasis de la Imitación de Cristo”, “Lirios de la Tarde”, “Cinerarias”.

En la lectura de sus manuscritos, iniciado aproximadamente el año mil novecientos treinta y dos y finalizados en el mes de Junio del año mil novecientos sesenta y cinco, te pido lo hagas con la sinceridad del que busca la Verdad, la Luz y el Amor.

Si al término de ella tu corazón encontró lo que ansiaba eleva una plegaria al Altísimo de eterno agradecimiento, y a ella la siempre viva de tu amor reflejado a tus semejantes.

Así daremos cumplimiento en nosotros mismos al Ideal de nuestro Divino Guía e Instructor: Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

La transcriptor de los Archivos de la Luz dejó su morada terrestre el día 31 de julio del año 1965.

Hugo Jorge Ontivero Campo

PORTADA

¿Para quiénes ha sido escrito este libro?

Para los buscadores sinceros de la Verdad.

Para los que no tienen más religión que la Justicia, la Verdad y el Bien.

Y finalmente para los que conociendo la grandeza y eternidad del espíritu humano, buscan su felicidad cultivándolo hasta el más alto grado de perfección que es posible sobre el plano terrestre.

Los lectores que no estén circunscriptos en esta órbita, no sólo no lo comprenderán sino que su lectura les dejará tan vacíos como antes de haberlo abierto.

Hablo pues en esta portada con aquellos que pueden comprender y asimilar esta lectura.

En primer lugar me preguntaréis: “Si esta obra relata hechos acaecidos diez mil años atrás, o sea varios milenios antes de que la visual de la Historia recogiera y conservara los hechos de los hombres, ¿cómo los ha recogido y conservado el autor?”

Ante tal pregunta me es necesario hacer al lector esta otra interrogación:

¿Habéis estudiado las obras de ese gran explorador celeste de los tiempos modernos, de Camille Flammarion, llamado el poeta de los cielos, o de otro de esos incansables viajeros estelares que han hecho de los espacios infinitos el campo de acción de todas sus actividades científicas?

Si les habéis leído, sabréis que la Luz es el gran archivo del Universo y que colocado el observador en el punto marcado por las leyes astrales y etéreas, se produce el hecho, perfectamente natural y lógico, de que siguiendo los rayos de luz emitidos sobre la Tierra, en cualquier época por remota que ella sea, presenciará clara y nítidamente los hechos ocurridos.

Otro punto que acaso resulte algo dificultoso para los análisis de algún lector, son las manifestaciones extraterrestres o supranormales, que abundan en este libro, y también preguntará:

¿Por qué en aquella época se producían tales hechos con relativa facilidad y hoy no se producen sino rarísima vez?

En primer término partamos de la base de que soy enemigo declarado del milagro, como se llama comúnmente a los hechos que no se pueden explicar por las leyes físicas conocidas en la actualidad; y soy enemigo,

sencillamente, porque la palabra milagro ha denotado siempre la anulación o destrucción de las leyes inmutables del Universo, lo cual está plenamente fuera de la verdad, como por ejemplo que un ser muerto vuelva a la vida, que las aguas de un mar se abran como dos murallas para dejar un ancho camino seco, y esto por la palabra de un hombre y para el tiempo que ese hombre lo quiera.

Esto es sencillamente del dominio de la fábula sólo aceptada por mentalidades demasiado estrechas, que sin razonamiento de ninguna especie se dejan conducir por los dirigentes de las religiones que medran con la ignorancia de las muchedumbres inconscientes.

Quien lea esta obra, de seguro no encontrará tales maravillas, pero sí muchos hechos que la ciencia positiva y materialista niega porque no lo sabe explicar por medio de las leyes que hoy por hoy le son conocidas.

La fuerza eléctrica y la fuerza magnética han dado al mundo sorpresas admirables en el último siglo. La fuerza mental o sea la del pensamiento humano las daría mayores, si la humanidad terrestre se dedicara a cultivarla, como la han cultivado diversas instituciones científicas y filantrópicas de la más remota antigüedad, y hasta en países y continentes ya desaparecidos y de los cuales recién hoy en día, empiezan a encontrarse rastros muy vagos y confusos.

Pues a esta fuerza mental potentísima, cuyas leyes están sólo conocidas por un reducido número de cultores, se deben casi todos los fenómenos o hechos supranormales que aparecen en esta obra. El lector podrá preguntar: ¿Por qué es reducido el número de los cultivadores de esa gran fuerza que tanto bien podría hacer a la humanidad? Es reducido, en primer lugar, porque para desarrollarla es necesaria la depuración del alma, en forma de que haya llegado al dominio de todas las bajas pasiones propias de esta atrasada humanidad.

Y ¿cuántos son los hombres que buscan y quieren eliminar las bajezas de su yo inferior?

¿Cuántos son los que quieren refrenar su materia y dejar volar a su espíritu?

Y siendo como es, tan escasa la evolución espiritual y moral de la humanidad terrestre, es justicia de la Ley Eterna de armonía y equilibrio universal, que en medio de estas humanidades tan nuevas, el desarrollo de la fuerza mental se mantenga sólo como patrimonio de las pocas agrupaciones de seres, cuya evolución les pone en condiciones de hacer de ellas el uso debido.

Las fuerzas mentales al alcance de todos los ambiciosos, los egoístas y los malvados, es peor mal para esta humanidad que todos los medios de destrucción, que las pasiones humanas ponen en juego en favor de sus mezquinos y viles intereses.

Creo con esto dejar satisfecho al lector, respecto de las manifestaciones extraterrestres, que se realizaban en medio de los Kobdas de la época prehistórica, a que se refiere este libro.

Los dominios de la mente humana son tan amplios como los espacios infinitos, y el hombre sumergido en la espesa bruma de sus bajezas, cercanas aún a la animalidad, no es apto para comprender y menos para producir hechos que requieren como base indispensable una pureza de vida, y una elevación de pensamientos y de deseos que puedan formar un campo de acción perfectamente equilibrado y armónico.

Y si hasta la más insignificante maquinaria está sujeta a leyes para producir aquello a que fue destinada, ¡cuánto más lo estará ese principio inteligente que es luz y vida en cada ser y que hace de él, una chispa, una parte, un reflejo de la Eterna Energía creadora y conservadora de mundos en la amplitud inconmensurable del Universo!

Lector que buscas sinceramente la Verdad; lector que no tienes ni quieres más religión que el Bien, la Verdad y la Justicia; lector que quieres descubrir el secreto de la paz y la felicidad humana en esta tierra que habitas, medita bien las reflexiones que te presento en la portada de este libro y entra sin temor en los senderitos iluminados por el sol del amor fraterno, que hará iguales y felices a todos los hombres cuando hayan comprendido y practicado la palabra del Gran Maestro, Guía de este planeta: “Amaos los unos a los otros como el Padre os ama a todos por igual, porque esa es toda la ley”.

“Aquí florece la Esperanza y el Amor”
“Aquí mueren los odios y el rencor”

LOS PRÓFUGOS

Las hermosas regiones del sudeste de Atlántida fueron sacudidas por un espantoso cataclismo, en que terremotos y maremotos simultáneos, ocasionaron el desbordamiento de las aguas del mar, y numerosas poblaciones emigraron hacia territorios que no habían sido alcanzados por la inundación. *—Esta fue la tercera vez que los mares se desbordaron sobre el continente.

Fue en esta circunstancia que Nohepastro, cuyo reino se encontraba en el norte de Atlántida frente a las columnas de Hércules, *—Gibraltar—, recibió de sus augures el anuncio de que también su dominio estaba amenazado, por lo cual dispuso la construcción de un palacio flotante para asegurar su vida y la de los suyos durante largo tiempo.

Sus grandes ciudades de piedra resistirían largos años la invasión de las olas, según su creencia, y si éstas no cedían a los hombres su presa, él buscaría de conquistar nuevas tierras en los países costaneros del Mar Grande. *—El Mediterráneo fue llamado así en la antigüedad—.

El anciano rey tenía un oculto dolor en su corazón: había perdido su compañera la reina Iba, sin que le dejase un heredero varón, lo cual en su dinastía, era presagio de ruina inminente. Sólo le quedó una hija, Sophía, hermosa como una alborada que acabó por formar todo el culto, todo el amor, toda la adoración de su padre.

Espíritu de cierta evolución y rebelde a imposiciones arbitrarias, no puso cadenas a su corazón cuando el amor la llamó, sin pensar en su real estirpe se enamoró apasionadamente de un jefe guerrero, acaso el más apuesto y hermoso de los que formaban la escolta de su propio palacio.

El rey lo supo y la encerró en la antecámara de su habitación particular, cuando se convenció de que ningún razonamiento haría olvidar a su hija aquel inconsulto amor. Y al amante y amado Joheván, lo desterró de su lado y lo destinó a la labranza de los campos.

Mas, ya lo ha cantado el poeta:

*“La ausencia es aire
Que apaga el fuego chico
Y aviva el grande”.*

Y el amor de Joheván y de Sophía, se agigantó con la separación y ambos se prometieron vencer o morir.

Cuando el soberano ordenó el embarque, Sophía fue su primera preocupación y juntamente con ella toda la servidumbre y guardias de palacio, augures y sacerdotes.

En embarcaciones más pequeñas y como magnífica escolta al palacio flotante, embarcaron también varios miles de guerreros con sus familias y servidumbre.

En una pequeña embarcación y en calidad de guardián de los animales destinados al consumo, embarcó disfrazado el amante Joheván para seguir, aunque de lejos, a su bien amada, a la cual veía todos los días cuando ella asomaba a los balcones de su nave palacio.

Él levantaba por tres veces su cayado de guardián de bestias, en cuyo extremo flotaba una banderilla blanca. Cada vez que ella subía a la cubierta miraba hacia la barca jaula, donde sabía que por su amor estaba relegado Joheván.

Así pasaron seis meses hasta que arribaron a las costas de Ática, ocupadas entonces por colonias de Keftos que atravesando el Mar Egeo, habían buscado allí tranquilidad y fortuna, perdidas ambas en las continuas luchas que les promovían los gomerianos y zoharitas del continente.

Nohepastro estaba decidido a posesionarse de estos territorios, de buen grado o por la fuerza, y así anunció su visita de cortesía a los jefes de la región, los cuales asombrados de la magnificencia de la flota marítima que acompañaba al soberano, le recibieron con todos los honores que se merecía.

A uno de estos príncipes áticos le interesó sobremanera la blanca y rubia Sophía que semejava “una dorada espiga de ultramar” y el viejo Nohepastro vio con satisfacción esta simpatía, por cuanto le evitaba toda lucha para adueñarse de aquellas colonias y transformarlas en sus nuevos dominios.

Pocos días después ya estaba concertada la boda entre el soberano Atlante y el Jefe Ático, sin que la dorada espiga tuviera noticia de quién iba a ser su segador. Cuando su padre le participó que había convenido los esponsales de ella con el más joven de aquellos príncipes, Sophía palideció intensamente y estuvo a punto de caer exánime a los pies de su padre, pero el amor le dio aún fuerzas para dominarse e inclinarse casi hasta el suelo según la costumbre, para demostrar sumisión a las órdenes del rey.

Tenía ella una esclava de toda su confianza llamada Milcha, casada ocultamente y con la protección de Sophía con uno de los guardias del palacio. Milcha era pues la única confidente de la princesita, angustiada por la cruel y dura resolución de su padre. La infausta noticia fue transmitida por la esclava a su marido y por éste al desventurado Joheván, que estuvo a punto de cortarse la garganta con la misma hacha con que sacrificaban a las bestias.

Mas, la princesita había dicho al guardia, esposo de Milcha, que buscaran entre ambos el medio de escapar, porque ella prefería la muerte a ser la esposa del príncipe Ático, cuya pequeña estatura y moreno semblante le inspiraba invencible repugnancia.

A altas horas de una noche lluviosa y oscura, la princesa y su esclava, Joheván y el guardia, desprendieron uno de los barcos pequeños que había amarrados a la gran nave, destinados a desembarco en pequeños fondeaderos, lo cargaron de ropa y provisiones y huyeron hacia alta mar, llegando a la isla Cretasia donde descansaron unos días, perdidos entre las inmensas grutas naturales de la isla. Pero no creyéndose seguros por estar algo cercanos a la costa y antes de ser vistos por los habitantes de la isla, huyeron nuevamente a favor de la oscuridad de la noche y descansaron en otra pequeña isla del Archipiélago, la que por su erizada costa hacía casi inaccesible la subida. *—Una isla pequeña vecina a la Rodas actual—.

Pero “como el amor es más fuerte que la muerte”, los dos hombres y la esclava tuvieron el ingenio y la fuerza suficiente para esconder la embarcación en una profunda bahía de la costa y cubrirla de ramas de árboles, en forma que aún pasando muy cerca de ella, era imposible encontrarla.

Sophía fue la primera en iniciar el orden de la nueva vida que las circunstancias les imponían y dijo a sus compañeros:

—Desde hoy dejo de ser la hija del divino y sagrado Nohepastro, para convertirme en la esposa de Joheván, hermana de Milcha y de Aldis. Terminaron para nosotros las diferencias de estirpe, de raza y de posición, y no queda más que la íntima comprensión de la amistad verdadera y de la eterna igualdad del amor.

Y así diciendo, se acercó a Joheván y posó la frente sobre el pecho del guerrero, que era la más solemne manifestación de que se daba por compañera y esposa para toda la vida. Joheván entonces extendió los brazos y formó con ellos un anillo alrededor del cuerpo de Sophía, símbolo de que su amor y su fuerza envolvían a la joven esposa.

Milcha y Aldis, con sus diestras levantadas habían formado ante ellos el signo crucífero, *—la cruz fue un símbolo sagrado desde los más remotos tiempos prehistóricos, según lo prueban los hallazgos hechos en excavaciones en diversas regiones—. Emblema de la bendición de Dios sobre el amor que unía a los jóvenes desposados. Tal era la ceremonia habitual en los desposorios, sólo que el signo de la cruz lo hacían los padres de los contrayentes o los parientes más cercanos en ausencia de aquellos.

—Los rayos del sol son eternos —dijeron con solemne acento Aldis y Milcha, siguiendo el ritual religioso de su credo.

–Nuestro amor será como los rayos del sol –contestaron los desposados sin variar la postura.

–La noche y el día caminan eternamente el uno en pos del otro.

–Así caminaremos como la noche y el día.

–Las estrellas se miran eternamente en el mar.

–Nuestras almas se mirarán la una a la otra como las estrellas en el mar.

–El Altísimo recibe vuestros juramentos.

Al oír estas solemnes palabras, los desposados cruzan sus manos una encima de la otra y los testigos depositan un beso callado, reverente, religioso, sobre la cruz formada por las manos de los esposos. Ya están unidos para toda la vida y más allá de la vida.

Terminada la ceremonia nupcial, aquellos cuatro seres separados de todo el resto de la humanidad, pero felices con su amor, se dedicaron a reconocer su país adoptivo que era una pequeña isla montañosa con honduras profundas y vallecitos deliciosos. Hermosas grutas naturales podían ofrecerles albergue seguro para resguardarse del frío y de la lluvia.

Las aves acuáticas, los frutos silvestres y las varias especies de rumiantes que poblaban la isla, podían proporcionarles el alimento necesario, hasta que dominada la situación pudieran tomar otros rumbos hacia regiones habitadas por los hombres.

Diez meses llevaban allí, cuando Milcha dio a luz un niño varón al cual llamaron Adamú, acontecimiento que colmó de felicidad a los cuatro desterrados, que sintiendo renacer la tranquilidad habían casi olvidado la trágica huida y la temible persecución de Nohepastro.

El mismo acontecimiento se repitió tres meses después y la princesita Sophía fue madre de una hermosa niña rubia, que era como ella una dorada espiga, un reflejo de la aurora. La llamaron Evana.

Aquellos dos jóvenes padres se sintieron gigantes para alcanzar la felicidad con que debían coronar a sus esposas y a sus hijos, y empezaron a extender cada vez más lejos sus correrías por el mar, visitando las costas para hacer acopios de pieles, de animales, de frutas, y de todo lo que les era indispensable para una vida más llevadera. De algunas de las islas vecinas que habían sido abandonadas, recogieron instrumentos de labranza, utensilios y muebles, lo bastante para dar a sus naturales habitaciones de piedra, el aspecto confortable de tiendas de campaña.

No obstante pudo notarse que Sophía se resentía en su físico, por la falta de alimentación apropiada y de los cuidados necesarios; y Joheván comenzó a sentir el dolor intenso de su impotencia para proporcionar a su amada lo que ella no le pedía, pero que él sabía le era indispensable.

Y llevados de este deseo resolvieron hacer todos juntos un viaje al

continente y se embarcaron hacia la costa del Mar Grande. Encontraron población y al desembarcar los dos hombres para procurar la venta de pieles, púrpura y oro en bruto que habían traído, llegaron a una aldea al parecer de mercaderes, pero en realidad mercado de piratas que comerciaban en la venta de esclavos.

Aquellos dos esbeltos y hermosos tipos de hombres les prometían buena ganancia y por medio de engaños los internaron en sus covachas, y pocas horas después, amarrados en la bodega de un barco salían con rumbo a Neghadá, en Egipto.

Sophía y Milcha veían pasar un día y otro, y su embarcación anclada en la orilla continuaba mecida por las olas, como ellas por la esperanza de ver aparecer de un momento a otro a los esposos ausentes.

La inquietud empezaba a dominarlas, cuando Milcha observó un día que eran espiadas desde la orilla por unos hombres cuyo aspecto le causó terror. Una voz interior pareció decirle que se pusieran a salvo porque un inmenso peligro les amenazaba. Era imposible para dos débiles mujeres darse a la vela en un mar desconocido y además temían ser perseguidas. Entonces, expuso a la princesita sus temores y de común acuerdo dejaron en el cajón secreto de un armario del barco, donde solían guardar objetos de valor, un grabado por el cual sus esposos pudieran buscarlas cuando volvieran. Y a favor de la oscuridad de la noche, con sus hijitos en brazos subieron a un bote de pescador de los que había anclados en la orilla, con el solo fin de que si durante la noche entraban los piratas a su barco, no las encontrasen. Pero un fuerte viento se desencadenó antes de la media noche y la barquita fue sacudida tan fuertemente que rompió la amarra y una hora después flotaba como una cáscara de nuez juguete de las olas.

No hay palabras para describir el terror de Sophía ni el valor sereno de Milcha.

– ¡Joheván!... ¡Joheván!... –clamaba la princesita–, imírame como se miran las estrellas en el mar! ¡Nuestro amor es eterno como los rayos del sol! ¡Joheván!..., ¡somos la noche y el día, y yo debo ir en pos de ti! –Y se desvaneció en un largo sollozo. Los pequeñitos lloraban envueltos juntos en una manta de piel. Y Milcha la esclava, abrazada a su ama se envolvía con ella en una gruesa cuerda, restos de la amarra que el viento había roto, para evitar que una sacudida de las olas las arrojase al mar.

Cuando el sol del siguiente día se levantó en el horizonte, la tempestad había calmado y la barquilla estaba besando suavemente la costa verde y montañosa de la Mesopotamia o País de Ethea, como en aquella época se denominaba a lo que siglos posteriores se llamó Fenicia.

La valiente Milcha a quien la desesperación había redoblado las energías, amarró la barca a la orilla y ayudó a bajar a su ama y a los niños.

Sophía como un fantasma de lo que había sido, no podía tenerse en pié, como si su fortaleza y su energía hubieran desaparecido juntamente con su amor. Temiéndolo todo de todos y no esperando nada de nadie, no trataron de encontrar lugares habitados, y la primera preocupación de Milcha fue buscar un refugio, antes que les sorprendiera la noche.

Se conservaba aún por entonces, en esas regiones, la especie animal denominada reno o rangífero, restos sin duda de la abundancia de ellos que había siglos más atrás, cuando llegaban hasta allí los hielos del norte, época que los sabios han llamado glacial. El reno, bien se sabe, es una especie propia de los climas polares. Buscando entre la umbrosa montaña, más o menos en el sitio en que un siglo después se edificó la ciudad de Anzan, que a su vez fue sucedida en milenios posteriores por la antigua Dafne, encontró Milcha una inmensa caverna, donde vio señales evidentes de haberla habitado seres humanos. Había montones de paja en forma de lechos, trozos de piedra y de madera, dispuestos como pequeños bancos en torno de un enorme tronco labrado en forma de mesa. Sobre ella un variado surtido de utensilios enteramente rústicos, como fuentes, platos y jarros hechos de la corteza o cáscara de una hortaliza semejante a lo que llamamos calabaza; cuchillos, hachas, cucharas, pinches y punzones en madera y en sílex pulido.

Mas, su asombro no tuvo límites cuando al levantar dichos objetos, vio grabado en inscripciones que ella podía leer y sobre la rústica mesa estas palabras:

“Viajero, náufrago o perseguido por los hombres, reposa aquí tranquilamente porque yo, Gaudes, mago atlante, puse vigías sobre esta cueva para todo ser doliente y abandonado. Una familia de renos domesticados por mí, pernoctan en esta cueva, las hembras os darán su leche y os guiarán al sitio en que hay agua. Removed la corteza de árbol que veis al fondo detrás del más alto montón de heno y hallaréis abrigo y alimento. Gaudes siervo del Altísimo”.

Milcha no acertó a ver más y corrió al lugar en que había dejado a Sophía y los niños, cubiertos con las únicas mantas que habían salvado. Cargó la esclava los dos niños, y aún sostenía con su hombro a la débil princesita que perdía fuerzas por momentos.

Llegadas a la habitación que la Providencia les había deparado, Milcha corrió a remover la lámina de cortezas, especie de puerta disimulada por los musgos verdosos que crecían colgantes de los muros de la caverna. Era aquello una especie de alcoba que comunicaba a la caverna por aquella pequeña puerta, que apenas daba paso a un cuerpo humano. En el fondo de esta alcoba había un lecho formado de troncos perfectamente amarrados unos a otros, encima de unos soportes de piedra. Estaba enteramente mullido de pieles de animales salvajes, de mantas de lana

rudamente tejidas y de varias clases de ropas sencillas, pero limpias y en perfecto uso.

Milcha olvidó por un momento lo angustioso de la situación para no pensar más que en el bienestar que todo aquello proporcionaría a su ama. Corrió hacia ella, la levantó en sus brazos como a una chiquilla y la recostó en el mullido lecho del mago atlante. Levantó luego a los niños que dormían felices en su dichosa ignorancia, y procurando devolver alegría al corazón de Sophía, le decía:

– ¡Qué bien estaremos aquí hasta que Joheván y Aldis vuelvan a la barca y encuentren nuestro mensaje!

– Calla tontuela –respondía Sophía–. ¿Cómo podrán encontrarnos aquí?

Ni la una ni la otra podían darse cuenta de la distancia a que estaban del sitio en que quedó anclada su embarcación, que era más o menos en el sitio en que existió la ciudad subterránea Kurana en la comarca llamada en épocas posteriores Pamphylia, en el golfo de este nombre en la costa norte del Mediterráneo. Dicha ciudad Kurana al pié de uno de los cerros del Monte Tauro, estaba a la sazón habitada por una raza pigmea pero fortísima, codiciada por las otras razas del continente para los rudos trabajos de las minas, en todas esas comarcas montañosas en que abundaban los metales y las piedras preciosas.

La esclava tampoco esperaba encontrarse ya con su marido, pero acostumbrada al dolor, a la negación continua de sus deseos grandes o pequeños, se sentía capaz de resignarse a esta nueva inmensa amargura y luchaba por llevar al alma de la princesa esta misma resignación. El instinto de la propia conservación unido con el amor a sus pequeños hijitos, las obligó a pensar en los medios materiales de que podían disponer para conservar sus vidas.

El grabado del mago atlante sobre la rústica mesa decía que encontrarían alimentos junto con abrigo en la original alcoba que acababan de descubrir, y Milcha empezó a buscarlos. En bolsas de cuero encontró trigo, maíz y lentejas, farditos de hortalizas, albuminosas cortadas en delgadas fibras y secadas cuidadosamente, otras conservadas en aceite en esa especie de cantaritos naturales de calabazas ahuecadas, que los había en gran abundancia, escondidos entre las grietas y hendiduras de la misma gruta.

Encontraron asimismo frutas secas de palmera *–dátiles–, de olivo, de higuera, cerezas y almendras conservadas en jugo de vid, leche de reno solidificada por presión y conservada entre hojas aromáticas empapadas en aceite.

Milcha continuaba su búsqueda, curiosa de descubrir toda la solicitud de aquel desconocido protector, mientras Sophía sumida en un profundo

sueño olvidaba por unas horas lo terrible de la situación. O mejor dicho, no la olvidaba sino que se entregaba a ella en otra forma activa y eficaz, toda vez que libre su espíritu trató de orientarse hacia lo que amaba, valiéndose de recursos propios y de otros que le fueron brindados.

El Mago atlante decía que puso vigías sobre la caverna, y estos Vigías eran espíritus dedicados al bien, fieles y obedientes a su pensamiento por alianzas de siglos para las causas elevadas y justas. Este ser fue Gaudes en su última vida y descendía por la sangre de una familia cuyo origen se remontaba hasta un discípulo de Antulio, el filósofo justo, y sus descendientes habían seguido la ley emanada de la Escuela Antuliana. Se había dedicado a trabajos mentales y su espíritu adquirió un magnífico desarrollo mediante ejercicios perseverantes y ordenados. Había salido de Atlántida en su juventud, perseguido por una madrastra que quiso eliminarlo del hogar en beneficio de sus propios hijos. Habitó esa caverna durante cincuenta y tres años, saliendo de ella muy pocas veces al contacto humano, del cual huía por un sentimiento de terror invencible. No obstante hacía el bien a los hombres, desde lejos y en forma ignorada, para estar libre, según él decía, de la vanidad nacida de los aplausos y de las manifestaciones de gratitud.

“Nada quiero de los encarnados, ni aún la gratitud”, tenía él grabado en una placa de corteza sobre la cabecera de su lecho en la alcoba de piedra. Había desencarnado dos meses antes, mientras marchaba a pie a Gutium, situada en el profundo golfo que algunos milenios más tarde se llamó Cilicia, en la costa oriental del Mediterráneo.

Con más de ochenta años y la actividad espiritual que desplegaba en sus períodos de sueño físico, estaba cada vez más débil y sutil el hilo fluídico que unía su espíritu a su materia; y este hilo se rompió bruscamente por el estampido de un trueno, una noche en que dormía en el interior de una gruta, antes de llegar a la ciudad. Pudo decirse de él que no quiso de los encarnados ni aún la sepultura para sus huesos, y fue la montaña misma el grandioso mausoleo que guardó sus despojos mortales.

Fácil será comprender por este relato, que él mismo era entonces el principal vigía de la caverna que albergaba a las dos abandonadas. Cuando Sophía se sumió en sueño profundo, el espíritu de Gaudes se acercó a la durmiente y ayudándola a alejarse sin miedo de su cuerpo, la llevó hacia Neghadá donde habían sido conducidos Joheván y Aldis. Y ella vio. Ambos habían sido vendidos a un grande hombre de aquel país, el cual les puso al estudio de las ciencias sagradas de la época, que era lo que después se llamó Cábala, o Magia, o Ciencia de lo Invisible, con el fin de que fueran luego miembros de una vasta Institución, consagrada al desarrollo de las elevadas facultades del espíritu y al bien de la humanidad. Aquel hombre les había dicho al comprarlos: No os quiero

esclavos serviles sino discípulos sumisos y laboriosos. Por vuestro tipo y por vuestra lengua sé que descendéis de una ramificación de los gloriosos Toltecas de Atlántida, cuyo genio y fuerza mental llevó a aquellos países a la mayor grandeza alcanzada por los humanos. Espero mucho de vosotros y porque adivino que una dolorosa tragedia os ha traído a mi lado, os digo que sin el dolor ningún hombre se hace grande, y que un día llegará en que bendeciréis el dolor de esta hora presente.

Y así diciéndoles, les introdujo en una especie de claustro severo y silencioso, con bóvedas como pequeños templos, en cada uno de los cuales había un hombre anciano o joven que dibujaban cartas geográficas los unos; otros escribían con punzones de hueso sobre láminas de pasta, diseñaban los diversos sistemas planetarios con sus órbitas concéntricas en grandes lienzos, calculaban las distancias y el tiempo y forma en que realizaban sus movimientos.

Otros sentados en anchos bancos de piedra parecían momias inmóviles y calladas. Estos no dormían sino que pensaban.

Y el amo les dijo: “Estos son los que realizan las grandes obras en beneficio de esta humanidad. Su trabajo es todo mental y en este momento hacen exploraciones metafísicas o estudios en el plano astral para enseñanza futura de los hombres”.

Les instaló a cada cual en su bóveda respectiva, donde un ancho banco de piedra cubierto de pieles les serviría de asiento y de cama, y otro banco de piedra más alto les serviría de mesa de trabajo y mesa de comer. Grandes lienzos en blanco y grandes placas de pasta suspendidas en las paredes, les indicó que ese sería en adelante su trabajo. Pero los jóvenes aquellos no podían pensar ni en exploraciones, ni en estudios, ni en grabados, cuando un inmenso dolor les absorbía todas sus facultades con una intensidad tal que les asemejaba a sonámbulos o ebrios.

¿Qué habrá sido de los cuatro abandonados? Ante este interrogante ambos se retorcían las manos y se estrujaban sus carnes como queriéndose aniquilar, y a veces se arrojaba el uno en brazos del otro y rompían a llorar como dos niños.

Tal era la situación cuando Gaudes y Sophía llegaron a Neghadá a visitar a los cautivos. Ella se arrojó sobre Joheván y lo colmó de caricias y de besos, produciendo en él un escalofrío como si abiertas de improviso las puertas hubiera entrado una fresca ráfaga de viento.

Las fuerzas mentales de Gaudes atrajeron sustancia plásmica del éter y la visión de Sophía se tornó clara para el desventurado esposo, que perdió la conciencia del mundo físico y cayó en letargo profundo. Desprendido su espíritu al igual que Sophía, se entregaron ambos a la sublime locura del amor que les había unido, prometiéndose nuevamente que ese amor sería siempre como las estrellas mirándose eternamente en el mar, como

rayo de sol que siempre vive, como la noche y el día caminando uno en pos del otro por toda la eternidad.

Y Gaudes contemplaba su obra y se deleitaba en ella con gozo casi infinito y decía llorando de felicidad: “¡Maestro Antulio!... ¡Bendito seáis por haber abierto a los hombres el camino de la dicha que se encierra en hacer bien, sin el conocimiento y sin el aplauso de los hombres!”

Cuando Sophía y Joheván despertaron a la vida física, parecían envolverles la dulce irradiación de la felicidad y del amor.

– ¡En sueños he visto a Sophía, Aldis, la he visto y hablado! –decía Joheván a su compañero, lleno de íntima satisfacción.

– ¡Durante el sueño estuve al lado de Joheván! –exclamó Sophía al despertarse y viendo a Milcha junto a su lecho.

Desde entonces no tuvo cabida la desesperación en aquellas almas, y la esperanza de volver a reunirse inundó nuevamente de luz el horizonte de su vida humana. Y los esposos favorecidos con la hermosa visión, eran incansables en detallar hasta las más pequeñas circunstancias que la rodeaban.

Joheván explicaba a Aldis, cómo era la caverna que daba abrigo a sus seres queridos; cómo vio a Milcha preparar con pieles y mantas una camita común para los dos niños.

Sophía explicaba a Milcha en qué forma había visto en sueños a sus esposos, y le transmitía la seguridad de que eran vivos y que se encontraban con salud y sin peligro.

La obra de Gaudes dio flores y frutos en abundancia, y Joheván dijo a su compañero:

–Desde hoy comienzo a grabar en esas pastas la historia de todo cuanto nos ha ocurrido y de cuanto nos ocurra en adelante. –Y lo hizo.

Y cuando siglos más tarde, los faraones levantaron esfinges y pirámides, no sólo como monumentos funerarios sino como cofres gigantescos guardadores de los secretos del hombre neolítico, recogían en las galerías y pasillos subterráneos aquellas placas en que un ser ignorado contaba sus dolores, que eran a la vez páginas de la historia de una naciente civilización. Y las copias en papiro se multiplicaron entre los Cabalistas y los Augures, antes de que las placas originales entraran al recinto sagrado del silencio y de las sombras de donde jamás habían de salir.

–Me ha venido la idea de grabar con este punzón en trozos de corteza, todo cuanto nos ha ocurrido desde que salimos de nuestro país. Parece que un día, después de muerta yo, vendrá Joheván por estas tierras y quiero que encuentre aquí la prueba de que mi amor por él, fue como rayo de sol que nunca muere y como las estrellas mirándose eternamente en el mar. –Y así lo hizo Sophía.

Y un siglo después, Anzan, discípulo de Abel, que levantó su tienda a

trescientos codos de la caverna encontró y recogió aquellas jeroglíficas leyendas estampadas en las cortezas de los árboles o en la arcillosa corteza de la caverna, que junto con las de Joheván y en distintos países, dieron origen con variaciones múltiples, más o menos desfiguradas por la incomprensión o por el fanatismo, a la fantástica leyenda que conocemos de los comienzos de la Civilización Adámica.

Toda la transformación del estado espiritual de Sophía y Joheván, fue el fruto del trabajo mental realizado por ellos mismos y por Gaudes, durante las horas que mediaron desde el amanecer de las dos mujeres en aquella tierra desconocida y la llegada de la tarde, tarde de otoño, suave y sonrosada, plena de aromas de frutas maduras y espigas en sazón.

–Milcha, tengo frío y no hay aquí fuego ni vino caliente –decía la princesita tratando en vano de dominar los escalofríos que la estremecían. La esclava por toda respuesta sacó pieles y mantas de la alcoba y envolvió a Sophía tanto como le fue posible, y después se sentó a sus pies para darle más calor con su cuerpo.

En ese momento una sombra oscureció la luz de la entrada a la gruta y las dos mujeres asustadas se apretaron más la una a la otra.

Era un hermoso reno hembra que las miraba con sus grandes ojos inteligentes y dulces, casi tanto como los de un ser humano que asombrado interrogara.

Gaudes, el hombre de las obras sin aplausos y sin recompensa, vigilaba los huéspedes de su caverna porque los guías superiores de la evolución humana, le habían hecho comprender que aquellos cuatro seres relegados allí por forzadas circunstancias, representaban el primer compás de una nueva y magnífica sinfonía del progreso humano. El Mago envolvió con su efluvio a las mujeres y fluídicamente acarició al animal, que convencida por esto de que su amo estaba allí, se acercó mansamente y lamió las manos de Milcha, que se habían tendido hacia ella como para estorbarle que se acercase a Sophía.

Después la reno tomó con los dientes la manga del vestido de la esclava y tiraba suavemente de ella como si quisiera llevarla hacia un sitio determinado. Comprendiendo por la intuición que Gaudes ponía en ella, se dejó llevar hasta que la reno levantó con la boca uno de los cántaros de calabaza y salió de la caverna.

Milcha la siguió hasta que llegando a pocos pasos de la cueva, a un sitio donde la vegetación crecía de un modo maravilloso, la reno con repetidos y fuertes golpes de sus patas delanteras, apartó un trozo de madera sin labrar, y la esclava asombrada vio el claro espejo de una fuente de agua cristalina, formada sin duda por internas filtraciones de la montaña. Llenó el cántaro y ambas volvieron a la caverna, donde los motivos de asombro y emoción continuaban de momento en momento.

Apenas habían llegado, la reno tomó con la boca otro recipiente más pequeño y lo llevó a Milcha que lo recibió sin saber lo que debía hacer con él.

El noble animal se le acercaba cada vez más lamiéndole la mano, hasta que por fin doblándose cuanto pudo sobre sí misma, hizo llegar la mano a la ubre haciéndole comprender que debía ordeñarla.

Sophía y Milcha se miraron con los ojos llenos de asombro y de emoción, y la princesita saltó de entre sus pieles y sus mantas, y abrazando el cuello de la reno le decía:

–Después de Joheván y de Milcha, nadie es más bueno que tú. ¡Desde ahora te llamaré Madina porque eres madre de madres!

Cuando Milcha terminó de ordeñarla, juzgaron que el animal se alejaría, pero no fue así.

Vieron con creciente asombro que fue hacia uno de los montones de paja que allí había y tomó un manojo de ellas, para ir a depositarlo sobre una piedra achatada que había en el centro de la caverna. Dicha piedra tenía incrustado en uno de sus bordes un pequeño trozo cúbico de otra piedra de color y calidad diferente.

La reno empezó a dar golpes con una de sus pezuñas delanteras sobre el cubo incrustado en la piedra del hogar. Aquellos golpes resonaban como martillazos, de los cuales no tardaron en salir chispas de fuego que encendieron la paja. Entonces se dieron cuenta de que la pezuña de Madina tenía una pequeña plancha de hierro en su parte inferior, que al chocar con el cubo de sílex, producía las luminosas chispas que inundarían de claridad y de calor la extraña vivienda.

Hecho esto, el animal se echó a los pies de Sophía, y se quedó quieta y tranquila como una sierva que ha terminado su tarea diaria.

El espíritu de Gaudes continuaba gozando de sus obras de amor callado y silencioso sin el aplauso y sin la gratitud de los hombres. Y como él había escrito en aquel grabado sobre la mesa rústica: “... una familia de renos domesticados por mí, pernoctan en esta cueva”..., aquella familia empezó a llegar juntamente con la caída de la tarde, y Milcha y Sophía entre el miedo y el asombro, vieron entrar diez hermosos animales entre grandes y pequeños, que tranquilamente fueron a echarse entre los montones de paja que había en todos los rincones de la caverna. Entonces las dos mujeres vieron que aquella que primero llegó y que demostraba ser la más inteligente y mejor domesticada, se levantó nuevamente y tomó con los dientes de un hueco inadvertido, una especie de puerta, fabricada con troncos de fresno unidos unos con otros por medio de fibra vegetal, y cubrió la entrada.

Tomó de nuevo hierbas y ramas secas, las arrojó en la pequeña hoguera y fue a echarse tranquilamente en medio de su familia reunida ya en el hogar.

Las dos mujeres se abrazaron llorando mientras se levantaba de sus almas un himno de gratitud y alabanza a la Eterna Providencia de Dios, que de tan extraordinaria manera velaba por ellas.

– ¡Mago, sacerdote o santo, quienquiera que seas Gaudes, dos mujeres abandonadas te bendicen en esta hora!

El espíritu evocado en esta exclamación de Sophía, allí presente como un vigía del Ser Supremo junto a sus criaturas, sintió la onda suave y acariciadora de aquella bendición, y envolviendo con su aura a las dos mujeres, hasta que el sueño físico las puso en condiciones de desprenderse de la materia, las ayudó a elevarse a los planos etéreos, donde cantan y viven el amor los que de verdad lo sienten y donde podían encontrarse con sus amados cautivos que ya las esperaban, conducidos también por aquel ser de las grandes obras invisibles sin recompensa y sin aplausos.

LOS CAMINOS DE DIOS

Paréceme sentir aquí, la pregunta que hacen los lectores de este relato:

¿Por qué el espíritu de Gaudes que tan solícito estaba de causar la felicidad de aquellos seres, no les impulsaba a buscar reunirse nuevamente en la vida física? ¿Por qué no les ayudaba a realizar esta unión?

Retrocedamos siglos atrás.

Cuando la magna y grandiosa civilización Tolteca degeneró hasta el envilecimiento más degradante y brutal, las grandes Inteligencias Auxiliares del Mesías de la Tierra, utilizaron las fuerzas dinámicas que operan en la desintegración de globos en decrepitud, para producir corrientes astrales y atmosféricas que afectando mayormente al continente Atlante, lo hundieron en un tercio bajo las aguas con gran parte de la inicua y malvada humanidad que lo habitaba. La terrible catástrofe despertó a la mayoría de los sobrevivientes que se congregaron en torno de una dinastía real, que apartada hacia el Norte del Continente por una cadena de montañas, habían contribuido para que aquellos monarcas y sus pueblos mantuvieran más vivos los principios de justicia y equidad, que hicieron la grandeza de los Toltecas en sus épocas de gloria y esplendor. En un vástago de dicha dinastía encarnó el Mesías de la humanidad, y fue Anfión El Rey Santo, como le llamaron, quien encendió de nuevo el fuego sagrado del amor próximo a extinguirse sobre la tierra.

También en los países costaneros del Mar Grande y en la cuenca del Ponto, la vigorosa civilización Sumeriana terminaba su cometido, siendo

reemplazada por ramificaciones atrasadas y muy primitivas de las razas Lemurianas que antes habían dominado el Sudeste Asiático.

La grandiosa *irradiación* del Espíritu de Luz se extendió nuevamente hacia distintas regiones del planeta, en forma de resurgimientos ideológicos, principios de equidad y resplandores de libertad, de igualdad y de fraternidad humana, que brotaban como plantas exóticas regadas y fecundadas con sangre de miles de mártires.

¡La inmolación y el sacrificio sellaron siempre las grandes causas justas y nobles, sustentadas por las minorías idealistas frente a frente de la turbamulta inconsciente y aletargada!

Cuatro milenios después, la ola de la perversidad humana lo cubría todo, y de la hermosa y pura civilización Anfiona, no quedaban ya sino vestigios en una ciudad de las menos populosas de aquel continente, ya desaparecido en dos terceras partes. Y allí bajó otra vez el Mesías, el divino ruiseñor del Amor Eterno; y Antulio el Filósofo, encendió otra vez el fuego sagrado que la ignorancia y atraso de los hombres luchaba por apagar.

Y cuando una misma catástrofe tres veces repetida borró de la faz de la tierra todo aquel continente; *—Las grandes islas del Atlántico a la altura tropical son las más altas cimas de las montañas atlantes que quedaron sobresaliendo de las aguas—, otras nuevas civilizaciones ya de siglos elaboradas en otros continentes, esperaban el soplo vivificador de las grandes Inteligencias trasmisoras de la Luz Divina y del Amor Infinito; y para que ese Amor llegara a la tierra hecho carne, era indispensable preparar el camino en forma de no malograr el heroico sacrificio. Las Inteligencias auxiliares del Gran Enviado debían ocuparse en escoger, no sólo el país y el sitio en que había de nacer, sino también la raza, la familia, los seres que le habían de dar su carne y su sangre, juntamente con un ambiente de amplísima libertad para fundar de nuevo su Escuela de perfección humana.

El cimiento de esta nueva Escuela, serían Adamú y Evana; una princesa destronada y un esclavo libre, hermoso símbolo de la igualdad humana por encima de las clases sociales, que nada significan por sí mismas, sino por la evolución y progreso que han alcanzado.

Y para que Adamú y Evana, fueran raíces de un nuevo árbol de la civilización también nueva, que el Mesías traía otra vez a la tierra, era necesario que salieran ellos al escenario de la vida en las condiciones en que salieron, apartados de las viciadas costumbres de sociedades viejas carcomidas por todas las corrupciones.

Todo esto lo sabía Gaudes. ¿Qué importaba pues el sacrificio de pocos años de vida terrena de esos esposos separados en la vida física, en aras del deber común como miembros de una vasta alianza de espíritus auxiliares de la empresa Mesiánica?

Además, ellos mismos habían aceptado como una misión de honor y de gloria, el servir de instrumentos materiales para tal grandioso designio. La pregunta del lector está contestada. Continúo pues el relato interrumpido.

Poco a poco fue normalizándose la vida en la caverna, bajo la tutela invisible de Gaudes, y la vida en el viejo Santuario Kopto o Kobda de Neghadá, bajo la tutela visible de Sisedón, especie de guardián en la Casa de Numú, Dios-pastor de los antiguos Koptos.

Cuando llevaban ya cuarenta días de esta vida, Joheván y Aldis fueron llamados a la Morada de la Sombra, que era un amplio recinto de tranquilo y silencioso ambiente, pero sumida en una semioscuridad o penumbra, y a veces en profundas tinieblas, en forma que el que entraba no sabía si estaba allí solo o en medio de otras personas.

Cada uno tuvo que responder separadamente a un interrogatorio formulado por Sisedón, el Pharaohome de aquella vasta institución especie de sociedad científica y comunidad religiosa.

– ¡Sombra viviente!... Numú te ha llamado a esta casa porque te ama.

Por la voz, comprendió Joheván que el que le hablaba era el hombre que lo había comprado a los piratas y que les recibió el día de su llegada a tan extraño lugar.

–Cuarenta días de habitar la Casa de Numú –continuó la misma voz–, que lleva consigo las almas durante el sueño para embriagarlas del elixir de amor y de vida que él extrae del Alma Madre del Universo, deben haberte dado la calma y la tranquilidad. Arrancado de improviso a tus afectos humanos, has sentido a la desesperación clavar sus garras en tu carne. Mas, para que veas el amor y la justicia de Numú, acércate hacia mí, hijo mío, y que yo ponga mi mano en tu frente.

Joheván se acercó hasta sentir la mano de Sisedón, tibia y suave apoyada en su frente. Una dulce pesadez le obligó a cerrar los ojos, una luz le deslumbró luego, y a favor de esa luz que parecía bajar de la techumbre abovedada, vio en la pared delantera un paisaje de montaña y reconoció la isla en que nació su hijita Evana; luego vio a Milcha recogiendo frutas silvestres, vio a Aldis desplumando un ave para alimentarse; luego vio a Sophía, débil, pálida y enfermiza, como estaba cuando decidieron emprender el viaje buscando su curación.

Luego vio el momento de desembarcar en la aldea de los piratas, su traición y su embarque para Neghadá. El corazón le saltaba del pecho y un terror de agonía se iba apoderando de él. Le habían prevenido que debía ser como un hombre de piedra en la Morada de la Sombra, y Joheván hacía esfuerzos supremos para dominarse.

Luego vio en aquel escenario astral y fluídico, que Sophía y Milcha

cargadas con los niños dejaron la embarcación, que buscaron refugio en las montañas rocosas de la orilla, que la marea empezó a subir con gran empuje al ocultarse la luna, y temiendo morir ahogadas, se refugiaron en una barca de larga amarra dispuesta para pescar, pero que el oleaje en su flujo y reflujó acercaba y retiraba de la costa. Un sudor frío invadió el cuerpo de Joheván y sintió que la otra mano del Pharahome se posaba en su corazón y después en su plexo solar para reanimarlo. El joven se serenó de nuevo y continuó mirando.

Vio que el viento agitó las olas, que la amarra se rompió y la barca empezó a saltar como una liebre perseguida por los galgos en un triguil azotado por el huracán. ¡Terrible momento para Joheván hasta que vio serenarse el mar, y a la barca náufraga besar la costa umbrosa del país de Ethea y a las dos mujeres con sus hijitos en la caverna, con el fuego llameante, a Sophía recostada entre pieles en la alcoba de la caverna con los niños dormidos sobre sus rodillas, mientras Milcha le servía vino caliente y frutas secas! Vio más aún: a la reno Madina junto a ellas y que Milcha la ordeñaba y bebían su leche espumosa y calentita, ellas y los niños.

Un sollozo comprimido se escapó débilmente del pecho de Joheván y dos gruesas lágrimas rodaron de sus ojos y fueron a humedecer la mano del Pharahome, apoyada todavía en su plexo solar para reanimarlo. Y oyó de nuevo su voz que decía:

–Numú te permite ver lo que él ha realizado por ti y por aquellos que amas.

“Ahora verás lo que hubiera ocurrido por lógica consecuencia de los hechos, si Numú no hubiese cuidado tanto de ti y de los tuyos. Mira nuevamente.

La visión plásmica continuaba diseñándose como bajo la creación mágica de un pincel encantado. Vio en el momento de su desembarco en la aldea de los piratas salir el caudillo que los tomó prisioneros a todos juntos, que prendado de la delicada belleza de Sophía, la tomó brutalmente y la ultrajó en su misma presencia como un hombre–bestia dominado por la lujuria; que con Milcha hizo lo mismo; y que tomando a los niños por los pies los estrelló contra las rocas de la orilla. Y después entregaba a las dos mujeres a la lubricidad de sus bárbaros esbirros, mientras él y Aldis encadenados contemplaban el espantoso sacrificio de sus esposas. La visión desapareció y la oscuridad más completa reinó de nuevo en aquel misterioso recinto.

– ¿Has comprendido el amor de Numú? –preguntó la dulce voz del Pharahome.

– ¡Sí, Pharahome, he comprendido! –contestó la voz nerviosa de Joheván ahogado por la emoción.

– ¿Le amas y le bendices?

– Sí, Pharaohome, le amo y le bendigo desde el fondo de mi corazón...

– ¿Te resignas ahora a tu nueva vida?

Un hondo silencio, un sollozo, unas rodillas que chocan sobre las losas del pavimento y una voz dolorida y temblorosa que dice, como un eco repetido bajo aquellas bóvedas inundadas de sombras:

– ¡Pharaohome!... ¡Si tienes corazón y eres un hombre como yo..., devuélveme a mi esposa y a mi hija!

Sintió que su cuerpo parecía subir en una serena y suave ascensión, una luz de amanecer le inundó y vio a Sophía con su hijita en brazos que entregándosela, le decía: *“Acudimos a tu llamado, Joheván, porque nuestro amor es como los rayos del sol que no mueren y como las estrellas que se miran eternamente en el mar. No sufras más y espérame que pronto nos reuniremos para no separarnos jamás”*. Y el joven se despertó.

Cuando volvió al mundo físico se encontró con la cabeza apoyada sobre las rodillas del Pharaohome, entre cuyas manos estaban las suyas heladas y temblorosas.

– ¿Cómo te llamas sombra viviente? –preguntó la misma voz que le hablara desde el principio.

– Joheván, hijo de Suadín, del país de Otlana –contestó el joven.

Un gemido doloroso como una queja de moribundo resonó en un rincón de aquella vasta sala, un cuerpo pareció caer en las tinieblas, y algo como remembranza de tragedia lejana flotó por aquel ambiente de silencioso recogimiento.

Joheván fue conducido a su bóveda particular al mismo tiempo que Aldis salía de la suya para verificar igual ceremonia que la realizada por su compañero, si bien no tuvo tan fuerte irradiación emotiva debido a que Aldis era menos sensible y menos intenso en sus afectos.

Apenas Joheván se vio solo en su recinto privado, se arrojó sobre su lecho y rompió a llorar a grandes sollozos. Se sentía enloquecer ante todo el misterio que le envolvía.

Su vida de guerrero acostumbrado al éxito, al triunfo y a la gloria no le había dado tiempo para preocuparse de asuntos suprafísicos, entre los cuales se veía ahora sumergido a tal punto, que llegaba a dudar si era hombre vivo en la materia o si había pasado al reino de las almas errantes.

Por dos veces en los cuarenta días que llevaba en la Casa de Numú había visto a Sophía y había oído su voz. Había vuelto a vivir la espantosa tragedia de la aldea de los piratas. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Estaba loco, acaso?

Un rayo de luna amarillenta en su menguante, llegó hasta su lecho

por entre una ojiva que se habría en el muro sobre la puerta de entrada. Tuvo la idea de asomarse, acaso para interrogar a la noche, a la luna, al paisaje silencioso alumbrado por ella, a todo cuanto le rodeaba y vio con asombro delante de su puerta, de pie como una estatua de mármol, un hombre vestido como Sisedón el Pharaoh, pero más alto que él, tanto que le pareció casi un gigante.

Iba a preguntarle qué hacía en aquel lugar, cuando recordó la inscripción que tenía grabada en uno de los muros de su habitación: “En la Casa de Numú nada preguntes para que todo lo sepas”.

El hombre como estatua de mármol, dejó oír su voz suave y armoniosa en el idioma atlante hablado por el joven:

–Joheván, hijo de Suadín del país de Otlana, ¿quieres oírme?

El joven abrió su puerta y el Anciano le estrechó en sus brazos entre sollozos contenidos y desgarradores.

–Pero, ¿no me habláis? Harto estoy ya de silencio y de misterio –observó Joheván.

Mas, era visible la honda emoción de aquel hombre, cuyos labios parecían no poder articular palabra.

–Hablaré tan largo en esta hora, Joheván, como silencio he guardado en tantos años como los que tienes de vida.

Ambos se sentaron y Joheván pudo ver que su interlocutor era extremadamente hermoso en su ancianidad, que le pareció prematura: Su cabellera y barba blanca hacían contraste con el vivo fulgor de sus ojos pardos de dulce y tierno mirar, y con la sonrosada frescura de su tez.

–Yo soy también como tú, del país de Otlana –dijo después de unos momentos.

–Entonces, ¿me ayudarás a salir de aquí?

–Ten calma y escúchame. ¿Cuánto tiempo hace que murió tu madre?

–Ciento cuarenta lunas han alumbrado su tumba.

–Y Suadín falleció primero ¿verdad?

–Cuando yo tenía doce años.

– ¿Cómo has venido aquí?

Joheván refirió toda su tragedia desde el momento en que llegaron a amarse Sophía y él.

– ¡Tienes toda la armonía de la voz de Sadia en tu palabra!... –exclamó el Anciano con una ternura que nadie habría sospechado en él, en la Casa de Numú donde todos los hombres parecían estatuas de mármol.

– ¿Luego tú conocías a mi madre?

– ¡Joheván!... No siempre fueron blancos mis cabellos y mi barba. ¿Nunca oíste hablar del hermoso pastor y de su lira mágica?

–Sí, de Bohindra, el hermoso pastor que había arrancado de los gemidos del viento y del gorjeo de los pájaros las armonías de su lira

encantada. ¡Cuántas veces me lo contaba mi madre, con la tierna emoción con que se cuentan las leyendas maravillosas del pasado!

–Y ¿Te contó también qué fue del hermoso pastor aquél?

–Que un día se encontró desierta su cabaña y rotas las cuerdas de su lira envuelta en un negro velo sobre su lecho de piel. Que los genios tutelares de la música se lo llevaron al país de la armonía... Y, ¡qué sé yo cuántas cosas más me decía ella, para entretener mis ocios de adolescente mimado!

– ¡Yo soy Bohindra el pastor aquel de la lira encantada!... –dijo con voz serena y honda el Anciano de alma de niño, llena de ternuras y de caricias.

– ¿Tú?... ¡Cuánto te amaba mi madre!... ¡Cuánto te amaba! –exclamó el joven como avivando sus recuerdos.

–Y, ¡cuánto amé yo a tu madre, Joheván, hijo de Bohindra y no de Suadín!...

El joven saltó sobre el banco de piedra como si hubiera sentido la picadura de un áspid.

–Cálmate; no culpes a tu madre ni a mí, ni nunca culpes a nadie, sin oír. ¿Te consideras culpable tú por haber amado a la hija de tu Rey?

–No, pero Sophía era libre y me amó solamente a mí.

– ¿Y si a Sophía después de desposada secretamente contigo, su padre sin oír razones de ninguna especie la hubiera entregado a otro en matrimonio, y a ti te hubiese condenado a cadena perpetua o a una muerte espantosa? –preguntó el Anciano con la voz que temblaba por el viejo dolor renovado con el recuerdo.

– ¡Cómo!... –exclamó aterrado Joheván–. ¡Madre, pobre madre!... ¡Se llevó a la tumba su tragedia sin que jamás me revelara su secreto!...

Y Bohindra continuó desmenuzando las flores secas de su doloroso pasado.

–Su padre era hermano de un príncipe tributario del Rey de Otlana, y como su hija era muy hermosa, soñaba en casarla con algún príncipe o con algún alto Jefe de los ejércitos del Soberano y así fue que la casó con Suadín, famoso guerrero, conceptuado como uno de los más valientes hombres de los ejércitos de Nohepastro. Su padre la amenazó de muerte si revelaba el secreto de sus amores con el pastor, al cual buscaba para enterrarlo vivo en el fondo de una caverna, ya que no podía darle muerte porque el derramar sangre al celebrar un matrimonio es atraer desgracia a toda la familia, como sabes bien que es la vieja tradición del país.

“Avisado a tiempo de la desgracia que me amenazaba, huí a las montañas de la costa del mar, e incapaz de permanecer cerca de tu madre y verla en poder de otro hombre, salí del país en el primer barco que se

hizo a la vela para estas regiones. Perdido el amor de Sadia no me interesaba la vida entre la sociedad de los hombres, y yo mismo busqué la muerte de mi pasado entre las sombras vivientes de la Casa de Numú, donde hay libertad para vivir la vida del recuerdo y donde se aprende también a vivir otra vida más intensa, que la mayoría de los hombres desconocen, y que es tan real o más todavía que la miserable y mezquina de la vida carnal.

“Lo que has visto esta noche en la Morada de la Sombra, lo vi yo al llegar a este lugar pocos días después de tu nacimiento. Vi, con la desesperación que puedes suponer, que Suadín rechazó duramente a Sadia cuando ella le reveló que estaba casada con el pastor y que su padre la obligó a desposarse con él. Vi que la relegó a un despreciable rincón de su casa, sin querer divulgar el secreto por temor a las burlas de los guerreros y la grave situación que provocaría con el príncipe tributario, tío y protector de Sadia. Y tú apareciste como hijo suyo, siempre tratado con dureza y con desprecio por aquel hombre que huía siempre del hogar con el pretexto de sus campañas militares.

“Tú que lo has pasado, di si todo esto no es verdad.

–Efectivamente, así ha ocurrido, y mi madre, mi pobre madre, siempre triste pasaba la mitad de su vida entregada al retiro de su habitación, donde decía que encontraba el sosiego y la paz. Pero, dime, Bohindra, ¿de esta Casa no se sale nunca? ¿No estaría bien que tú, que eres mi padre, me ayudaras a reunirme a mi esposa para formar todos juntos una sola familia? ¿No encontrarías acaso la belleza de Sadia en mi pequeña Evana que es tu nieta?

–Desde que en la Morada de la Sombra te oí pronunciar tu nombre, estoy sabiendo que me dirías todas estas cosas y he venido sabiendo lo que te debo contestar. Llevo aquí tantos años como los que tú tienes.

“Antes de Sisedón, el Pharaohome que había, era tan justo y sabio como él, me convenció de que mi paz y mi dicha se encontraban aquí, toda vez que no podría reconstruir aquel hogar con que soñé y que nunca alcancé a formar ante la sociedad. Estoy ya en el ocaso de mi vida física, de la cual nada me interesa por lo que a mí concierne, pero sí me intereso grandemente por ti y por todo lo que te está relacionado. El Altísimo me ha dado más de lo que yo merecía porque me ha proporcionado los medios de vivir de esa otra vida, más real y verdadera que ésta, libre de ficciones y de engaños cuando el que la vive, adquiere con su esfuerzo los conocimientos, el desarrollo de las facultades del ser, y la pureza de costumbres necesaria para vivirla en toda su grandiosa amplitud.

“Sadia desencarnada y yo en la materia, vivimos juntos de esa otra vida superior y muchas veces su alma hablando a la mía, me dijo: *“El Altísimo quiere que nuestro hijo venga un día a este mismo lugar”*...

¡Y has venido, hijo mío, y te tengo al alcance de mis brazos!..., ¡de estos pobres brazos de carne que por la maldad de los hombres no pudieron estrecharte al nacer!...

La emoción de Bohindra se transmitió a Joheván como por una corriente eléctrica, y el hijo, tan bello como su padre, sintió la necesidad de ser niño acariciado por el que le dio la vida, y reposó su cabeza de rizos castaños sobre aquel robusto pecho, en el que se habían estrellado tanto y tanto las olas de la adversidad.

Bohindra besó por vez primera aquella cabeza dorada, cuyos cabellos acariciados tiernamente le recordaban otras sedosas guedejas a las que había cantado en su lira mágica de pastor, bajo los pinares de su país en los días de su amor al lado de Sadia.

*“¡Tienen música tus rizos
Cuando los ondula el viento!...
¡Tus cabellos tienen luz en sus reflejos
Cual si fueran guedejas de bronce viejo!”*

Joheván interrumpió el dulce silencio.

– ¡Es delicioso estar así a tu lado, padre mío! ¡Sophía y mi pequeña Evana completarían este cuadro que no sería ya de la tierra!

– Espera en el amor infinito del Altísimo para todos los seres que no traspasan su ley, y cree firmemente que tendrás más de lo que deseas y de lo que mereces. Tu vida es como una continuación de la mía, y si sabes esperar, el Altísimo te inundará tanto con las aguas divinas de la felicidad que tendrás que decir un día: “¡Basta, Señor, basta!..., ¡que en mi pequeño ser no cabe ni una gota más!”

“Cada diez días serás llamado a la Morada de la Sombra que es donde el Altísimo derrama sus aguas divinas de esperanza y de amor sobre las almas. Por mi parte yo te visitaré todas las noches que no sea destinado a trabajos especiales, para abreviar con mis instrucciones el tiempo de prueba a que es sometido todo el que aquí llega. Si pasadas veinte lunas no quieres permanecer más aquí, la Casa de Numú te abre sus puertas y te orienta hacia donde quieras encaminar tu vida. No pienses que esta Casa es una compraventa de esclavos, sino un puerto salvador para las víctimas de la ambición de los piratas y de las persecuciones de los fuertes en contra de los débiles.

“Para salvar a los que caen en las garras de los piratas se destinan los tesoros acumulados aquí desde siglos, por los Kobdas que al entrar depositan en estas arcas todos sus capitales. Y como hay en estas bóvedas, reyes destronados, príncipes perseguidos, reos condenados a muerte, hay también piratas y criminales que vendieron esclavos a esta misma Casa

y que fueron tocados por el agua divina del arrepentimiento y quisieran lavar con ella, sus extravíos y sus errores.

“La primera ley para un Pharahome de la Casa de Numú, es comprar a cualquier precio las víctimas de la piratería tan horriblemente aumentadas año tras año, con la emigración constante provocada por la invasión de los mares sobre los continentes.

– ¿Y si estas víctimas son mujeres? –preguntó Joheván.

– ¡Oh!... Muy pocas llegan hasta aquí –respondió con doloroso acento Bohindra–, porque casi todas mueren a consecuencia de la brutal sensualidad de los piratas. Y buscando de remediar tamaño mal, nuestro Pharahome paga sumas fabulosas por las esclavas mujeres, cuando son traídas sin haberles hecho daño alguno, ni siquiera en uno de sus cabellos. Y hay en esta misma ciudad otra Casa de Numú, igual que ésta, donde una Pharafeme, *–mujer faro–, les enseña a vivir de esa otra vida superior desconocida de los hombres, si ellas quieren, o las devuelven a sus países y a sus hogares si es posible realizarlo.

–Según esto que me dices debe haber centenares de hombres en esta Casa.

–Actualmente somos setecientos ochenta, sin contar con los postulantes que son los que en iguales condiciones que tú, aún no han decidido permanecer aquí para toda su vida.

– ¡Pero esta vida no es de hombres! –decía Joheván– ¡Sin amor, sin ambiciones, sin esperanzas, sin deseos!...

– ¡No lo dirás así dentro de poco, hijo mío! Y si no dime: Cuando tienes a tu alcance un ánfora de agua cristalina que mana sin cesar para ti y dentro de ti mismo, ¿deseas agua de fuentes donde todos beben, hombres y bestias?

“¿Desea luz rojiza y temblorosa de hachones que apaga el viento, el que tiene dentro de sí la claridad de un sol o de muchos soles, cuya luz amplía hasta lo infinito los inconmensurables horizontes dejados atrás ha muchos siglos, y los que dentro de otros tantos siglos llegarán?

– ¡Es verdad..., es verdad lo que dices! Mas, renunciar así de pronto, a todo aquello que ha formado el encanto de una vida, a unos vínculos que no son ficticios sino reales; vínculos contraídos en cumplimiento de la ley natural que es la ley divina..., es duro Bohindra, padre mío, es cruel y contrario a esa misma ley. ¿No hablo bien acaso?

–Sí, hijo mío, hablas como hombre de las muchedumbres, sin más luz que la del hachón que apaga el viento, sin más agua que la de las fuentes en que beben hombres y bestias.

“En este momento no puedo decirte si el Altísimo Señor de todo lo creado, te ha elegido para salir de entre las masas inconscientes y formar en la legión de los pilotos en el anchuroso mar de la eternidad.

“Cuando de aquí a diez días seas llamado nuevamente a la Morada de la Sombra, tú y no yo, será quien diga si tu ruta está fuera de esta Casa o dentro de ella. Mientras tanto entrégate al amor puro de tu esposa y de tu hijita, que si junto a ellas está marcado tu camino, junto a ellas irás tarde o temprano.

“En tal seguridad, espera, y los mismos acontecimientos te irán marcando el camino.

“¿Dudas acaso del amor y de la justicia de Dios? Aprende a ser señor de tu mundo afectivo y pasional, y entonces te verás coronado de amor más intenso y perdurable de cuanto habías soñado. Sophía y tu hijita Evana, serán para siempre posesión eterna tuya y no en la efímera forma mezquina y grosera que conoces, sino algo así como tuyo es la luz de la luna que besa tu frente y el perfume de las flores que te embriaga, y el gorjeo de los pájaros al amanecer y los copos de nieve que recoges en la montaña y las blancas espumas del mar que acarician tus pies cuando vagas por la ribera. ¿Pueden acaso los hombres disputarte nada de eso?

“¿Pueden destruirlo o extinguirlo para ti? Medita hasta mañana el significado de las leyendas que se van poniendo día por día en los muros de esta bóveda.

“Déjate llevar por Numú hacia la puerta de oro de la felicidad verdadera.

“Si confías en el amor y la justicia del Altísimo, él te colmará de tesoros que aún no has llegado a imaginar que existen.

“Están escritas en el Alma Infinita tus zozobras y tus angustias, tus afectos y tus deseos. Descansa en él que lo sabe y lo ve todo.

“Numú es tu pastor y tú eres su corderillo. Descansa pues en tu pastor que sólo él sabe qué pastos y qué aguas necesitas, y te las dará.

“¿Seguirás mis consejos, hijo mío?

– ¿Y Sophía y Evana, padre mío?... –clamó en un hondo sollozo Joheván, abrazándose de su padre como para vencer aquella serena calma de montaña, que no se conmueve ni por las furias del huracán ni por el empuje de las olas.

El Anciano por toda respuesta colocó la mano sobre la cabeza de su hijo apoyada en su hombro y al cabo de pocos momentos se quedó profundamente dormido. Lo recostó con tierna solicitud en el lecho de pieles, lo envolvió en suaves efluvios magnéticos, y cuando le vio entrar en un sueño sereno, puesto de pie y extendiendo sus manos sobre él, dijo en voz queda pero firme:

– ¡Almas errantes, sopló fecundo de Dios!... ¡Llevad esta alma doliente hacia el mundo del amor y de la luz!

El sueño de Joheván se hizo tan profundo que casi no se sentía ni aun su respiración.

Una frescura de brisa primaveral inundó la habitación como si se hubiese llenado de suavísimas vibraciones de amor.

–Ya están aquí –dijo en voz de susurro Bohindra, y con suavidad de fantasma alado besó la frente del hijo dormido y se alejó.

JOHEVÁN Y ALDIS

Al día siguiente, viendo Aldis que su compañero permanecía sin salir a tomar el sol a la terraza según costumbre, entró en su habitación y lo encontró aún en el lecho.

– ¿Estás enfermo? –le preguntó.

–No sé si enfermo o loco o muerto.

– ¿Cómo? ¡No te comprendo!

–Quiero decir que son tan extrañas las impresiones, las sensaciones que recibo y todo cuanto me pasa, que lo atribuyo a uno de esos tres estados del ser: la enfermedad, la locura o la muerte.

Y refirió a su compañero todo cuanto le ocurriera la noche anterior. Aldis por su parte se hallaba más o menos en iguales condiciones, si bien tenía más serenidad y calma para esperar los acontecimientos.

–Dime, Aldis ¿no te parece una locura que dos hombres jóvenes, con unas esposas adorables y unos hijitos adorados, estemos aquí como dos murciélagos a la sombra de estos muros llenos de misterios y de fantasmas?

–Así lo creo –contestó el interpelado–, pero, ¿has pensado tú en que por ahora no podemos hacer otra cosa? ¿Acaso sabemos en qué dirección está esa caverna en que ellas se han refugiado? Además, por lo que he visto, sin saber cómo ni porqué, estoy convencido de que ellas están seguras y de que una fuerza superior ha producido estos acontecimientos con algún designio especial. Y tengo otra razón para pensar así: Si pasadas veinte lunas nosotros decidimos salir de esta casa según la ley que aquí se observa, el Pharaohome nos hará conducir hacia donde nosotros queramos. ¿No te parece más acertado esperar ese tiempo que precipitarnos a la ventura, sin medio de encaminarnos en busca de nuestras esposas?

“¿No has pensado tú en que acaso de aquí a diez días podemos ver en la Mansión de la Sombra cuál es el sitio donde ellas se encuentran?”

–Veo que piensas cuerdamente pero debo confesarte que aquí los días se me hacen años.

“Lo único que me atrae es el sueño porque dormido veo a Sophía y Evana, pero en tal forma que cuando me despierto, me cuesta convencerme de que fue un sueño.

–Mira, Joheván, nosotros hemos vivido hasta ahora en una forma del todo opuesta a lo que aquí se vive. Allá en nuestro país, cuando yo apenas tenía catorce años, había un solitario en las orillas del Avendana, y cuando mi madre que le veneraba como a un santo, me mandaba a llevarle canastas de frutas y provisiones, él solía decirme, viendo que yo demostraba asombro de su forma de vivir:

“Tú vivirás como yo un día porque el Altísimo te ha elegido para semilla de un pueblo nuevo”. Yo le referí esto a mi madre y ella con su credulidad de mujer lo aceptaba como un hecho, figurándose desde luego, que en alguna guerra de conquista llegaría yo a ser un príncipe de leyenda, en algún país encantado.

“Pero voy viendo, Joheván, que hay en la vida de los seres algo más que fantásticas visiones de anacoretas y leyendas de encantamientos y apariciones. ¿No lo crees tú así?”

–Sí, hombre, sí, y más aún, puesto que estoy luchando por saber a ciencia cierta cual es la vida real del hombre: esta que ahora vivimos a la sombra de esta Casa misteriosa o la que hemos vivido antes de llegar aquí.

“Con mis veinticinco años, afiliado desde los dieciocho a las legiones guerreras de mi rey, he creído vivir con nobleza y honradez la vida del soldado. Fiel a su Dios, a su país y a su soberano. ¿Es que he delinquido contra esos grandes deberes al traspasar la voluntad de mi rey, casándome con su hija en contra de su mandato?”

“Y esto que los acontecimientos la arrebatan de mi lado, ¿es un castigo merecido por mi delito?”

Aquí llegaba el diálogo de los dos cautivos, plácidamente sentados delante de sus recintos particulares, en aquella silenciosa terraza que daba sobre un amplio patio de palmeras, cuando vieron acercárseles el mismo Kobda que, desde el primer día, les sirvió los alimentos y les acompañó a la Morada de la Sombra.

Era de aspecto bondadoso y dulce, pero hablaba muy poco. Vestía el ropaje largo gris azulado usado por los Kobdas, el cabello hasta los hombros y un gorro pequeño y cilíndrico de color violeta subido. Este Kobda les llevaba los alimentos para todo el día en dos grandes cestas de junco, dispuestas con tal esmero que las frutas y las flores, formaban encima de los manjares como una artística ornamentación.

En los días anteriores les dejaba las cestas sin pronunciar palabra, si no le preguntaban, pero ese día se sentó en el mismo banco en que ellos estaban.

– ¿Hoy nos hacéis compañía en la comida?– preguntó Joheván extrañado.

–Nuestro Pharaohome quiere que os conduzca a conocer algo de la

Casa de Numú en que vivís. Pero antes debéis comer porque el paseo será largo.

– ¿Comeréis con nosotros? –preguntó Aldis, mientras recibía su canasto y deseoso de saber si aquellos seres, al parecer tan diferentes del resto de la humanidad, estarían acaso exceptuados de las duras e imperiosas necesidades físicas.

¡Cuántas veces lo habían comentado ellos dos! ¿Comerán, dormirán, beberán estas sombras vivas, o serán genios tutelares de los hombres?, se preguntaban.

–Entrad a vuestras habitaciones y comed, que yo os espero aquí –contestó el Kobda.

Los dos jóvenes se miraron disimulando una sonrisa al verse de nuevo insatisfechos en su tenaz interrogante, y entraron a comer. Debajo del manojito de frutas y flores que adornaban la cesta, encontraron una pequeña plaquita de pasta en la que estaba escrito en su propio idioma otlanés, un mensaje de Sophía y Milcha.

Joheván encontró en su cesta estas palabras de su esposa con su misma letra, su misma forma: “Amado mío; descansa, que el Altísimo vela por tu esposa y tu hijita hasta que llegue el día de nuestra felicidad. Sophía”.

En la cesta de Aldis la placa decía:

“Nuestro Adamú, ríe y juega. El Altísimo es nuestro guardián mientras llega la hora de la libertad. Milcha”.

Leer eso y precipitarse cada uno a la habitación del otro fue cosa de segundos.

– ¿Lo ves?... ¿Lo ves? –decía nervioso Joheván–. Es cosa de volverse uno loco. ¿Cómo llegó aquí este mensaje de Sophía? ¿Dónde está el mensajero? Es preciso verlo, hablarlo...

–Ya lo sabremos, hombre, espera, cálmate.

Pero Joheván ya no oía estas palabras porque estaba llegando al banco en que le esperaba el Kobda conductor de las canastas, al cual abrumó a preguntas tan precipitadas que no era posible responder a todas a la vez.

Manso y sonriente, el Kobda lo oyó, sin inmutarse por la vehemencia de aquellas interrogaciones.

– ¿Recuerdas lo que tu sueño te dijo anoche? –preguntó serenamente el monje.

–Soñé que hablé con mi esposa, pero no pude recordar lo que me dijo.

–Pues lo que ella te habló en el sueño, fue grabado por ella misma esta noche en la Mansión de la Sombra, donde hay siempre, permanentes, cuarenta Kobdas acumulando fuerza plásmica en el éter, para que

las almas errantes y las almas encarnadas se ayuden mutuamente en el cumplimiento de su deber.

Aldis escuchaba en silencio y con serenidad, pero Joheván daba vueltas y más vueltas a la placa, sin darse por satisfecho con la contestación del Kobda, que le miraba con piedad tiernísima.

– ¡Misterio, fantasía!... ¡Yo me vuelvo loco!... ¡Esto no puede ser!...

– Cálmate, Joheván –le dijo Aldis–, que con estos arrebatos no se llega a nada. Debemos pensar que tú y yo, no tenemos conocimientos de lo que ocurre más allá de la vida física. Lo que estamos viendo, desde que hemos llegado aquí, nos dice bien claro que hay leyes y fuerzas que no conocemos.

– Id pues a tomar algún alimento –insistió dulcemente el Kobda tomando a Joheván de la mano, como a un niño rebelde para conducirlo de nuevo a su habitación. Pero él se volvió bruscamente y le dijo:

– ¿Me juráis en nombre del Altísimo que ningún mensajero trajo estas placas?

– Os lo juro por la Casa de Numú.

– ¿Me contestaréis durante el paseo que vamos a hacer, a todo lo que os pregunte?

– Ahora ya os es permitido preguntar en la Casa de Numú. Id a comer, yo os espero aquí. –El Kobda los dejó solos.

Aldis se vio obligado a abrir la cesta de su amigo y ofrecerle las viandas.

– Mira, Joheván, yo tengo más años que tú y acaso más experiencia de la vida y de los hombres. La situación es difícil pero no tan mala, como a ti te parece cuando se sublevan tus nervios.

“Come tranquilo y vamos a ver qué sacamos en limpio durante nuestro paseo por la Casa de Numú, hablando el lenguaje particular que aquí se habla. ¿Sabes qué resultarías hermosísimo con el ropaje azulado y el gorrito violeta sobre tus rizos de bronce?”

– ¿Yo? ¡Calla, hombre, calla! Que voy perdiendo la poca paciencia que me quedaba.

– Pero, ¿no te das cuenta de que vamos saliendo a flote de la mejor manera que podíamos esperar?

– ¡Sí, ya lo veo!..., caídos de cabeza en un pozo que no tiene salida.

– ¡Vamos! No seas pesimista. ¿Te has olvidado ya de lo que vimos esta última noche en la Mansión de la Sombra?

– ¿Y si nada de eso fuera real?

– ¿Y no es real acaso la escena de nuestro desembarco en la aldea de los piratas y nuestro viaje hasta aquí? ¿No es real la isla aquella en que nacieron nuestros hijos?

– Sí, es verdad y esto me consuela un poco.

Así hablando terminaron la comida y salieron. El Kobda les esperaba siempre sonriente y sereno. Subió una escalera de piedra que se alzaba dentro de una habitación, al final de aquella misma terraza. Se encontraron en una inmensa sala toda rodeada de estantería con pequeñas casillas, en cada una de las cuales había un rollo de papiro.

–Esto es el archivo de las existencias terrestres de todas las sombras vivientes que aquí pasaron al mundo de la luz. Aquí está encerrada toda la historia de la humanidad, en las diversas civilizaciones que se han sucedido, en este y otros continentes que los mares tragaron.

–Y ¿Cómo es que aquí se habla la lengua de nuestro lejano país? –preguntó Aldis al Kobda, mientras Joheván miraba sin ver nada de lo que había en torno de él.

–No es que todos hablemos esta lengua, sino que hay aquí una ley por la cual cada Kobda debe dominar por lo menos tres lenguas, de las más importantes y vulgarizadas en la humanidad actual, para estar en condiciones de llenar la misión que la Casa de Numú cumple en medio de los hombres.

“Si esta Casa debe ser puerto de salvación para las víctimas de la maldad humana, debemos sabernos entender con hombres de todas las razas y de todas las lenguas.

“Si yo he sido destinado para entenderme con vosotros es porque yo domino vuestra lengua, que por otra parte se nos ha hecho casi familiar debido a que tenemos aquí, un Kobda de vuestro mismo país, que escribe hermosísimos versos y los canta luego, acompañado de la lira o de la ocarina en forma maravillosa. En el deseo de comprender sus bellas canciones, muchos hemos aprendido la lengua de Bohindra, como llamamos a este Kobda poeta y cantor.

Al oír tal nombre, Joheván salió de su ensimismamiento y tomó parte en la conversación. Quiso comprobar si lo que Bohindra le había manifestado era realidad.

–Me interesa mucho este sujeto que canta sus versos y que dices es de mi país. Debe ser muy alegre y divertido, ¿verdad? Si hace versos y canta será que está siempre de buen humor.

–El hombre que llega a permanecer diez años aquí, aparece siempre en el mismo estado de ánimo, aún cuando en su yo íntimo esté desazonado y dolorido; porque ha llegado al dominio de sí mismo en forma que su mundo pasional y su mundo afectivo no salen al exterior, y si acaso se agitan, es internamente y nadie lo sabe ni nadie lo ve.

“Y así, Bohindra, el hombre de la armonía que llegó aquí un año después que yo, y que entró en la Casa de Numú como un pájaro herido y deshecho, enloquecido de dolor y con locas ansias de deshacer y pulverizar a quienes eran causa de su pesar, a los diez años era su alma

una agua mansa y serena que no reflejaba otra cosa que la esplendente belleza encerrada en el vasto universo.

“Lleva aquí veinticinco años y realiza una obra digna de un genio de la Belleza y del Amor. Por vía espiritual fue enseñado a curar las enfermedades de la mente con la poesía y con la música y cultivando determinadas plantas, en las cuales, él ha sabido encontrar la fuerza magnética que tienen en afinidad con los seres humanos. Es un médico admirable, pero sin drogas y sin torturas físicas.

–Me interesaría conocer de cerca sus procedimientos –propuso Joheván, en su deseo de ahondar en ese terreno.

– ¡Magnífico! Soy de tu idea, pues harto necesitados estamos de que nos cure los huracanes internos. ¿Verdad, Joheván?

El Kobda sonrió de la alusión directa a las vehemencias afectivas del joven, y dirigió sus pasos hacia una rotonda o patio cubierto, especie de jardín de invierno de extensas proporciones. Su puerta de entrada era un inmenso panel de bronce bruñido, donde había un altorrelieve que figuraba un hermoso adolescente dando muerte a un horrible dragón, diez veces más grande que él.

Encima de este inmenso panel estaba grabada en siete lenguas diferentes, esta inscripción:

“Aquí florece la Esperanza y el Amor”

“Aquí mueren los odios y el rencor”

No había más ornamentación que plantas, en aquel vasto recinto, que plantas, cuyo crecimiento no necesita de fuertes rayos solares, una fuente de piedra blanca al centro, de donde surgía musical el agua a borbotones, chocando en su caer inquieto y juguetón con unas estatuillas que simulaban niños bañándose y tórtolas sedientas que bebían.

Grandes bancos de piedra cubiertos de pieles indicaban que aquello era un lugar de reposo físico y espiritual.

–En este momento no hay aquí ningún enfermo en tratamiento, como veis, porque es la hora en que todos comen, y por tanto podréis observar con tranquilidad.

“Bohindra ha acumulado aquí plantas de todas las regiones de la tierra, según las propiedades magnéticas que ha encontrado en cada una de ellas.

“Son también sombras vivientes que irradian energías y vibraciones especiales, y él las ha dispuesto en forma que entre todas ellas se complementan y llegan a formar un aura conjunta potentísima, que él encausa según los casos que tiene en tratamiento.

– ¡Qué quietud más dulce hay en este lugar! –exclamó Joheván, tendiéndose muellemente en uno de aquellos bancos.

Aldis y el Kobda se miraron con inteligencia, y éste último presionó una llave del muro, y un vientecillo fresco sopló de todas las direcciones agitando el verde ramaje; y el caer del agua se hizo más impetuoso y musical, y las estatuillas blancas de los niños y de las palomas en deliciosos movimientos daban la exacta impresión de niños y tórtolas bañándose en la fuente.

Joheván estaba encantado.

– ¡Oh!..., mi Evana y tu Adamú, harían aquí un papel muy importante. ¿No es verdad, Aldis?

–Ciertamente –respondió el interpelado, que no obstante de ser menor su sensibilidad, no podía sustraerse a la dulce y mágica influencia de aquel lugar, sobre su mundo mental y emotivo.

Al oír los nombres de Evana y Adamú, el monje no pudo disimular una mirada de asombro a los dos jóvenes, pero ellos no se apercibieron, sumergidos como estaban en el dulce recuerdo evocado por los niños y las palomas que se bañaban en la fuente.

– ¿Son hijitos vuestros esos que habéis nombrado?

– ¡Hijitos que aún no tienen veinte lunas y ya fueron arrancados de entre los brazos de su padre!... –clamó como en un gemido, Joheván, con su vehemencia habitual–. ¿Es posible, decidme soportar este dolor?

Por toda respuesta, el monje abrió una especie de armario incrustado en el muro y cuya puerta era un gran lienzo en que aparecía un paisaje de montaña y de mar, decoración adecuada, como todo, a despertar el sentimiento de lo bello y de lo grande y sereno en la Naturaleza.

Buscó durante unos momentos y sacó por fin un cuaderno de pequeños lienzos encerados que se usaban para escribir.

–Este legajo –dijo–, le dejó a Bohindra, al morir un anciano monje que le tomó grande afecto a causa de sus cantares y de sus versos. Había vivido aquí sesenta y dos años, pues fue traído en su adolescencia después de haber visto morir en una devastación guerrera a toda su familia y casi todo su pueblo natal. Este Kobda fue uno de los que más comunicación tuvo con las almas errantes que protegen este planeta, y una vez que le asaltó el pensamiento de que había malgastado su larga vida en esta ociosa quietud, en vez de andar por el mundo enseñando a los hombres, llegó hasta perder la paz y estar al borde de la locura; Bohindra le trajo a este lugar, y el viejecito recobró aquí la serenidad y la calma, porque entre el aura de esta fuente y de estas plantas y la poderosa irradiación de la lira y de los cantos de Bohindra, Numú le dictó esta divina leyenda. –Y el Kobda leyó–:

“Aquí le dice Numú, entre otras cosas: *“Vive sereno estos largos días de calma que yo te di para acumular fuerzas y energías, porque en años venideros volverás a la vida, solo y abandonado desde la niñez*

a tus solas fuerzas, sin más amparo que el de las bestias de la selva. Entonces te llamarás Adamú y cuando hallares a Evana en tu camino, como una flor de la pradera, serás el comienzo de un torrente nuevo de mis aguas de salud entre los hombres”.

“Al oír que hablabais de Adamú y Evana, me ha parecido encontrar cierto punto de contacto con la leyenda que dejó a Bohindra el anciano monje aquel.

– ¿Según esto, quiere decir que Numú anunció a ese monje, que en una vida posterior se llamaría Adamú y que se vería abandonado desde la niñez? –preguntó ansiosamente Joheván.

–Así es.

– ¿Y que encontraría a Evana en su camino? –interrogó de nuevo.

–Justamente.

– ¡Dadme por favor ese legajo!

–No entenderéis esta lengua, pero yo os he hecho la traducción exacta.

Joheván y Aldis examinaban, sin entender, el viejo manojó de lienzos encerados cubiertos de extraños caracteres.

Una mortal palidez iba cubriendo lentamente el rostro de Joheván, como un hombre a quien le hubieran leído una sentencia de muerte.

El monje comprendió que se había precipitado al hablar. Dio un llamado con un pequeñito cuerno o clarín que llevaba, y acudió Bohindra precipitadamente.

No necesitó explicaciones para comprender más o menos lo que ocurría. Tomó a Joheván, tiernamente envolviéndolo con su brazo a través de la espalda y lo llevó hacia uno de los grandes bancos donde lo hizo recostar. Un inmenso loto blanco cubría aquel banco casi por completo. Corrió algunas cortinas para atenuar la claridad del día, una suave luz violeta se hizo a través de los cortinados de ese color, sacó del armario una pequeña lira, y sentado en el mismo banco en que descansaba su hijo, empezó a tocar, suavemente al principio y más y más intenso en el sonido y en la vibración etérea emanada del sonido, hasta que de cada planta salía como una prolongación de aquellas armonías y unas suaves ondas de luz amarillenta, rosada, verdosa.

Aquellas plantas eran arpas mudas, que vibraban en igual tono que la lira de Bohindra, y emanaban ondas de luz de igual intensidad y fuerza que la energía emitida por él mismo.

Joheván y Aldis sintieron que una inundación de amor y de ternura llenaba de llanto su pecho y abrazándose como dos niños que jugando juntos se han herido, lloraron a sollozos profundos durante un largo rato.

– ¿Entonces nunca más veremos nuestras esposas y nuestros hijos? –clamó Joheván, cuando la emoción le permitió expresar su pensamiento.

– ¡Calma, hijo mío! –dijo acariciándole su padre–. Cada día que pasa poseeréis de modo más íntimo y verdadero a vuestras esposas y a vuestros hijos. Todo es cuestión de esperar, confiar y querer. ¿Sois capaces de querer, de esperar y de confiar?

–Ampliamente –contestó Aldis–, y tú también, amigo mío. ¿No es verdad?

–Esperaré un siglo, muchos siglos si he de tener otra vez a Sophía a mi lado.

–Ahora vais comprendiendo la verdadera vida del ser que piensa y que ama.

LAS FUERZAS RADIANTES

Bohindra tomó de nuevo su lira, se sentó junto a ellos, mientras el otro Kobda, a quien llamaban Zahín, corría mediante un cordón las cortinas o celosías de la otra parte de la rotonda, a fin de hacer más densa e igual la penumbra que envolvía el recinto.

–Pensad conmigo unidos, en que vuestros hijitos duerman. El sol está en el cenit lo mismo para vosotros que para ellos, puesto que sabemos están en la opuesta ribera del Mar Grande.

La lira empezó a suspirar en un casi imperceptible sonido como el piar de una avecilla moribunda que no tiene ya fuerzas para cantar. Y los trinos suavísimos y dulces fueron haciéndose más sensibles, más hondos, más profundos, hasta formar una divina melodía que parecía un millar de pájaros cantando en torno de la fuente, cuya agua cristalina caía del surtidor sobre los niños, y sobre las plateadas hojas de hibicornia que tapizaban los bordes de mármol de la fuente.

Algo así como una sutilísima niebla empezó a desprenderse de las begonias de pintadas hojas, de los collyos gigantescos, de los lotos erguidos en su esbeltez soberana, de los helechos y sensitivas como temblorosas cabelleras de esmeraldas.

Y la lira exhalaba sus melodías suavísimas que no eran ya gemidos de avecilla enferma, ni gorjeos de millares de pájaros, eran risas de niños alegres y juguetones que chapoteaban en el agua.

Joheván como electrizado se levantó suavemente y caminó sin ruido hacia la fuente..., luego le siguió Aldis, y ambos se sentaron en su borde tapizado de plantas acuáticas. Zahín dormía en profundo sueño, y la lira continuaba vibrando intensa, divina, y en torno de Bohindra se había formado como un remolino de la misma niebla sutil que emanaban las plantas. Ya no se veía el monje-cantor, envuelto por completo en la niebla

que como una brillante nube blanca se extendía más y más por el recinto, en vertiginosas espirales que subían y bajaban como torneadas columnas que sostuvieran un edificio imaginario, como velos de desposados que se plegaran en torno de una cabeza juvenil, como alas blancas de aves gigantescas que se cernieran serenas y suaves sobre las plantas, los hombres y la fuente.

– ¡Mi Evana... Mi Evana! –exclamó con indecible amor Joheván, inclinándose a la fuente y sacando del agua su hijita adorada, a la que cubría de besos y caricias.

Aldis estaba dormido como Zahín y como él, envuelto en la misma niebla luminosa que había cubierto a Bohindra, a las plantas y a la fuente. Nada era visible ya más que Joheván con Evana sobre sus rodillas, entregado al éxtasis divino de su amor. De pronto sintió dos manos suaves que se apoyaban sobre sus hombros y al levantar la cabeza, vio a Sophía sonriente que se inclinó hasta unir con los suyos sus labios tibios, temblorosos de emoción y de ternura.

–Amado mío –le dijo–, nuestro amor es como los rayos del sol que no mueren, y como las estrellas que se miran eternamente en el mar.

“Yo sé que nuestros cuerpos de carne no han de encontrarse más, pero nuestro verdadero ser no se disgrega como la materia, estarán perennemente unidos como en este momento, más feliz que todos cuantos hemos pasado sobre la tierra, porque estaremos libres de la zozobra producida por la mezquindad de los hombres.

Joheván la oía embelesado, mientras la pequeña Evana saltaba de sus rodillas al agua, y del agua al borde de la fuente, arrancando hojas y echándolas a flotar sobre la linfa ondulante.

– ¿Cómo estás aquí? –preguntó Joheván a su compañera.

–No lo sé, pero estoy aquí, ya lo ves.

– ¿Y Milcha y Adamú? ¿Cómo habéis podido vivir solas y abandonadas en un país extranjero?

Sophía sin hablar levantó su brazo a lo alto y le dijo:

–Joheván, ha sido necesario el dolor para hacernos pensar en que por encima de nosotros hay un Ser Supremo, más tierno y solícito que todas las madres para cuidar de sus hijos. Tú y yo hemos venido para cumplir un encargo de ese Ser Supremo, sobre la Tierra, y ese encargo está ya cumplido: Nuestra Evana vive y vivirá al lado del pequeño Adamú, porque también ellos como nosotros son servidores del Altísimo y tienen también un deber a cumplir. Yo dejaré pronto mi materia y tú también, pero con la diferencia que la mía se reducirá a polvo y la tuya continuará animada por otro ser que no eres tú.

– ¡No te comprendo, amada mía!..., me haces daño, no me hables así porque me haces pensar que no eres tú sino una ilusión de mi mente enloquecida.

–Soy yo, mira. –Y se sentó en el suelo, como solía hacerlo para recostar su cabecita dorada sobre las rodillas de Joheván, que se inclinó para besar su frente–.

“Aldis está con Milcha en la cabaña. Ellos vivirán de esta vida terrena más que tú y yo. Mi cuerpo está muy agotado y no lo quiero ya más, pues él terminó su tarea y no es ya justo que me obstaculice el estar eternamente a tu lado.

“¡Amado mío!..., nuestro amor es como los rayos del sol que no mueren y como las estrellas que se miran eternamente en el mar.

“Evana, ven y besa a papá que nos vamos –dijo Sophía, tomando la niña y levantándose con ella.

– ¡No, por favor! –gemía Joheván, tratando de retenerlas.

–No traspases la Ley, amor mío, pronto volveremos. –Las tres cabezas se unieron en un largo beso conjunto.

Inmensos remolinos de la niebla luminosa se agitaron nuevamente, ya no se oía la lira de Bohindra, y Joheván se encontró sentado sobre la fuente, lo mismo que Aldis, que acababa de despertarse.

Vio las grandes hojas plateadas que su hijita Evana había cortado, mientras jugueteaba en el agua y las recogió una por una.

Los remolinos de niebla se iban desvaneciendo lentamente hasta volver todo a su estado normal.

Nadie se movía del sitio que había ocupado porque la inmovilidad de los estados hipnóticos parecía paralizarles, o porque el alma en extremo feliz, luchaba por prolongar esa dicha íntima, intensísima, desconocida en la tierra.

Bohindra se les acercó el primero para decirles:

–Benedicid al Altísimo que empieza a abrir para vosotros el palacio encantado de sus tesoros infinitos.

“Volved a vuestras habitaciones y no deis más cabida, en vosotros, a la desesperación y al pesimismo, porque con ello os ponéis fuera del pensamiento de amor con que Dios os envuelve.

Zahín se dirigió hacia la puerta, seguido de los dos jóvenes que aún se encontraban bajo la acción de las poderosas corrientes de fuerzas, que los Kobdas pusieron en juego, para devolver la paz a los cuatro seres encarnados, que la Ley había elegido como instrumentos para que llegara al plano físico el Verbo de Dios.

–Aldis está con Milcha en la cabaña –había dicho Sophía en su manifestación plásmica, a Joheván, al borde de la fuente.

Cuando Zahín cayó en hipnosis, su espíritu era el operador que combinaba y ordenaba las energías acumuladas por las vibraciones de la lira de Bohindra, a tono con las vibraciones de las plantas, del agua y del éter.

Este conjunto de energías intensificó la facultad vidente de Joheván y

el desdoblamiento consciente de Aldis, cuyo doble etéreo se transportó a la caverna del país de Ethea, donde el calor del medio día había dormido a los cuatro seres cobijados en ella.

Mas de pronto, Milcha se despertó a la voz de Aldis que la llamaba, y vio a su compañero ante ella, inclinado, acariciando al pequeño Adamú dormido a su lado.

Iba a dar un grito y abrazar aquella querida imagen que transparente y gaseosa flotaba junto a ella, pero Aldis puso el dedo índice en sus labios, indicándole guardar silencio, mirando a Sophía y Evana dormidas en el lecho de la alcoba.

La pregunta que Joheván hacía en esos mismos momentos a Sophía, junto a la fuente: “¿Cómo has venido aquí?”, la hizo Milcha a su esposo, que le acariciaba tiernamente sus cabellos negros y sedosos.

–No lo sé, Milcha, pero estoy a tu lado ya lo ves, –y diciendo así se sentó en el borde del lecho de troncos cubierto de pieles, en que ella y el niño se habían recostado–.

“¡Mi pobre y querida esclava!... –repetía enternecido el antiguo guardia de los palacios de Nohepastro–.

“Tu esclavitud se transformó de pronto en una libertad solitaria y dolorosa.

Milcha empezó a llorar a grandes sollozos que Aldis procuraba sofocar con sus tiernas demostraciones de amor.

– ¡Lloro de felicidad, Aldis!..., déjame llorar este divino llanto que se lleva al correr todo el peso, toda la amargura, todo el terror que he ocultado dentro de mí misma, desde que no volvisteis a la embarcación el día aquel de nuestra separación.

– ¡Milcha, mi dulce esclava!... Reina de mis pensamientos y de mis esperanzas, ¡qué grande eres en tu valor sereno y fuerte, ante la espantosa borrasca que nos ha arrojado a los unos lejos de los otros!

– ¿Pero, cómo estás aquí? ¿Estás vivo o estás muerto y es tu alma errante que viene a visitarme?

–Yo mismo estoy sumergido en el misterio de estos acontecimientos y nada sé decirte, mas, para que veas que soy yo en realidad, ¡mira!...

Aldis desprendió del cuello de su esposa un collar de amatista que desde años le adornaba y lo puso en el cuello de su hijito dormido.

“Desde hoy nunca temas nada ni te creas sola, porque siempre vendré a visitarte. Tú dejarás tu cuerpo primero que yo, pues así lo quiere la Ley Eterna, a la cual de grado o por fuerza estamos sometidos, una vez que hemos aceptado el encargo del Altísimo. De nuestro amor ha surgido Adamú; tu misión y la mía están cumplidas, y otros caminos se abren de nuevo ante nosotros. Adiós.

–No te vayas sin que te vea Sophía...

–Calla, calla, no la llames, que ella no puede oírte en este instante.

Aldis besó de nuevo a su hijito dormido, y al besar a Milcha le repitió:

–Dejo el collar en el cuello de Adamú, ¿lo ves? Es el rastro que dejo de haber estado aquí.

Soltó las manos de Milcha que lo estrechaban y ella lo vio salir de la caverna sin abrir la puerta, cerrada con las cortezas como de ordinario.

Corrió a abrir para seguirlo con la vista, y no encontró más que la reno Madina que volvía a esa hora, según la costumbre, para que la ordeñasen.

Milcha defraudada en su esperanza de encontrar todavía allí a su esposo, se abrazó al cuello del noble animal y empezó a llorar sobre su lomo blando y sedoso.

Como el lecho en que Adamú se hallaba era tan bajo como una tarima, se dejó caer y arrastrándose como hacen los niños fuertes y ágiles mucho antes de empezar a andar, llegó hasta la puerta de la caverna donde vio a su madre con la reno y empezó a dar palmaditas y alegres gritos que despertaron a Sophía y Evana.

La princesita más débil, más lánguida cada día, parecía una flor a la cual se le hace vivir artificialmente para prolongar el momento en que la blanca corola cae seca y sin vida.

– ¡Milcha!..., qué hermoso sueño he tenido. ¿No me contestas?

Vio que no estaba en la cabaña la esclava, pero sí Adamú, que sentadito en la puerta se entretenía en dar vueltas en su cuello el collar de su madre.

Sophía se llenó de asombro porque el collar de amatistas unidas entre sí por eslabones de oro, no permitían sacarlo del cuello sin haberlo roto en pedazos, pues había sido cerrado para no quitarlo jamás según la costumbre del país, cuando una princesa heredera del trono tomaba en la adolescencia una esclava para su servicio íntimo.

El collar de amatistas puesto por una princesa heredera en el cuello de una joven, elegida por ella para este honroso puesto, era pues casi un símbolo sagrado, una especie de consagración vitalicia; ceremonia que daba derechos e imponía deberes tanto a la una como a la otra. Derechos y deberes de soberana a la princesa; derechos y deberes de súbdita elegida y fiel.

– ¡Milcha... Milcha! –llamó Sophía, alarmada.

La esclava oyó su voz y se acercó, secando todavía sus lágrimas.

– ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? –le preguntó–. ¿Cómo es que Adamú tiene tu collar de amatistas?

Milcha refirió, como pudo, todo cuanto le había pasado. Y Sophía le describió, con lujo de detalles, todo cuanto había visto en el lugar

encantado en que se encontraban sus esposos detenidos por no sabían qué fuerzas maravillosas.

Ambas se sentían inundadas de felicidad, sin que las circunstancias de su vida hubieran variado absolutamente en nada.

LA VIDA EN LA CAVERNA

Absorbidas Sophía y Milcha, por estos extraños acontecimientos habían olvidado a los niños.

La pequeña Evana se divertía sola, jugando con la enorme cabeza disecada de la piel de un oso blanco que había en el lecho y Adamú no estaba en la cabaña.

Milcha corrió hacia la puerta de la caverna y se pintó en su rostro el asombro, primero, la emoción después, ante aquella escena tan variada como interesante y tiernísima.

Ambas mujeres vieron que la reno puesta de rodillas, había permitido al niño, robusto y fuerte, incorporarse, abrazándose a una de sus patas traseras y el chiquitín mamaba tranquilamente, mientras Madina con su largo cuello doblado, le lamía la cabecita cubierta de rizos oscuros como los cabellos de su madre.

–Mi pobre Adamú no muere de hambre si le falta su madre –murmuró Milcha al oído de Sophía, para no llamar la atención del niño.

–En cambio, Evana, la pobrecita no sabe sino llorar cuando quiere algo. ¿La oyes?

Milcha corrió adentro y salió con la niña en brazos, y sentándose con ella en el tronco de un árbol caído junto a la caverna, lustroso ya de servir por tantos años de banco al mago Atlante, la incitó a mirar al pequeño que hacía un extraño ruido a cada sorbo de leche que pasaba por su garganta.

La esclava acercó a Evana hacia la singular ama de cría, que la Providencia deparaba tan impensadamente a sus hijos, y Madina como lo hiciera con Adamú, lamió las manitas de la criatura, mientras ella le tiraba suavemente de las orejas en medio de risas y alegres gritos.

Por fin, Adamú terminó su merienda y miró satisfecho a su madre y a Sophía, que no acertaban si reír o llorar, según la extraña emoción que tal escena les producía.

Milcha bajó al suelo a la niña y corrió a buscar en la caverna el cantarito en que ordeñaba a la reno, la cual empezó a empujar con su cabeza y su cuello a Evana para que mamara a su vez. Visto esto por Sophía, acercó a su hijita al seno del noble animal, mas la niña se esquivaba, hasta que

llegando Milcha lo exprimió ordeñando, dirigiendo un chorro de leche hacia la rosada boquita de Evana, hasta que comprendiendo ella y ya sin miedo, comenzó a mamar lo mismo que Adamú, pero sostenida por su madre, pues era menos fuerte y más pequeña que aquel.

– ¡Milcha! –dijo Sophía–, yo sé que moriré pronto porque una voz interior me lo dice. Mas, ya lo ves, nuestra noble Madina te ayudará a alimentar mi huerfanita.

– ¡No habléis así, por favor, mi princesa querida!... Tenemos que vivir ambas serenas, para que cuando regresen Joheván y Aldis no tengan nada que reprocharnos.

–Es verdad que al aceptar la maternidad hemos formado un solemne pacto con el Altísimo y nos debemos a la vida de estos seres; pero las fuerzas me faltan día por día, Milcha, y a pesar de tus cuidados, mi pobre cuerpo se resiste a vivir.

–La leche tibia de Madina os reanimará, ya veréis. –Evana había completado su ración y Milcha ordeñó a la reno y ofreció el cantarito de leche a Sophía.

Aún estaba ella bebiendo, cuando vieron que Madina se irguió apresuradamente y levantando la cabeza hacia donde soplabla el viento, parecía olfatear algo que la inquietaba. Pasado un momento empezó a describir círculos, estrechando cada vez más el lugar que ante la puerta de la cabaña ocupaban las dos mujeres y los niños.

– ¿Qué tienes Madina que nos empujas? –le preguntaba Sophía, acariciando el cuello del animal.

– ¿Ya nos echas de tu casa? –añadió Milcha.

Pero la reno, nerviosa, daba vueltas y vueltas empujándolas, hasta que su apremio era tan grande, que tomó de las ropas a Sophía y suavemente la arrastró a la caverna.

– ¿Quieres que entremos? ¿Nos amenaza algún peligro? –preguntó la esclava siguiendo a su ama con los dos niñitos en brazos.

Miraban curiosas y angustiadas a la reno pues nunca la habían visto realizar nada semejante. Cuando vio a todos dentro se puso a la puerta de la cabaña y empezó a dar unos balidos tan largos y lastimeros que los niños asustados empezaron a llorar.

En vano Milcha acariciaba a la reno y la impelía hacia adentro; ella seguía con sus largos y resonantes ayes, hasta que oyeron que la reno mayor contestaba con su balido de trueno lejano. Unos momentos después las dos mujeres oyeron el temblor que producía en el campo la carrera de toda su familia reniana, que tan hábilmente había domesticado Gaudes, el solitario de las obras buenas sin aplauso y sin recompensa de los hombres.

Las renos madres empujaron sus hijitos más pequeños a la caverna,

y ellas quedaron guardando la puerta, puestas en filas compacta con las ancas hacia el exterior, mientras los renos más grandes y fuertes quedaron fuera, como esperando. Unos resoplidos de furia y grandes patadas que abrían hoyos en el suelo indicaban que estaban coléricos. A través de los cuellos levantados de los animales, Milcha vio un grupo de negros búfalos que se acercaban a toda carrera, no justamente en dirección a la caverna, sino como si de paso corrieran hacia un determinado lugar.

Si ellas hubieran sido conocedoras del país y de los animales salvajes que lo poblaban, hubieran comprendido que los búfalos corrían buscando refugio porque se acercaba la espantosa tromba de los mamut, elefantes polares que desde la época glacial habían quedado como restos de la especie, rezagados allí como los rangíferos. No eran tan grandes como los del Altái y el Pamir, *—regiones de Asia—, pero eran feroces y fortísimos.

Habrían comprendido asimismo que la reno Madina cuando olfateó los búfalos vio en peligro la caverna, pues las muchas pieles de dichos animales que habían encontrado, no eran más que el resultado de luchas terribles entre los renos y los búfalos, por ganar cada cual el primer refugio que se les presentaba para esquivar el cuerpo a la temida avalancha de los mamut enfurecidos.

Por eso, Gaudes en su medio siglo de estadía en la caverna, había preparado sus domésticos para una defensa ventajosa, pues había tenido la inmensa paciencia de afilar los extremos de los cuernos de sus renos, de tal modo que eran agudos como un punzón los más fuertes, y en forma de aristas filosas y cortantes los más nuevos y cortos. Sophía quería que Milcha cerrase la puerta de la caverna y así iba a hacerlo la esclava, pero Madina no lo permitió y arrojando la puerta al suelo lamió la mano de Milcha, como si quisiera tranquilizarla. Entonces las dos mujeres huyeron con los niños al interior de la alcoba y amontonados los cuatro en el lecho de Gaudes, pedían a Dios protección y socorro.

Este espanto se habría tornado en serena calma, si hubieran visto en qué forma los vigías invisibles del Mago Atlante, realizaban trabajos de defensa para espantar a los búfalos, en el caso improbable de que los renos no fueran lo bastante fuertes para resistir.

Temblando y conteniendo hasta la respiración, las dos mujeres oían el espantoso tropel, el choque de los cuernos, el golpear de las pezuñas en el suelo o en la piedra, los balidos agudos como gritos humanos de los renos, entre los cuales reconocían los balidos de Madina. El tiempo que duró esta hecatombe fue breve, pero a ellas les parecieron largas horas.

— ¡Ay, si matan a Madina, la madre de nuestros hijos!... —clamaban las dos mujeres.

Un momento después se sintió la carrera de unas bestias y acto seguido oyeron como suave rasguño el hocico de Madina en la puerta de la alcoba, que empujada suavemente por el animal se abría despacito ante los asombrados ojos de Sophía y Milcha. Esta saltó la primera para abrazar el cuello de Madina y tras ella Sophía. Los chiquitos se habían dormido y ellas salieron a la caverna donde sólo estaban los renos pequeños. Se aventuraron a asomarse a la puerta, siguiendo a Madina que parecía guiarles, y vieron dos búfalos que heridos en el cuello arrojaban grandes borbotones de sangre y estaban ya muriéndose. Vieron también uno de los renos herido en una pierna pero aún de pie, y otro con una herida encima de las costillas.

Sophía se echó a llorar, y Milcha corrió a buscar aceite y vino, con lo cual había visto en su país a los pastores curar a los animales. Pero Madina tomó con los dientes uno de los cantaritos con agua, la derramó en el suelo y haciendo servir su pezuña delantera de cuchara removía la tierra y formaba lodo en gran cantidad. Luego tomando la mano de Milcha la puso en medio del barro. La esclava comprendió.

– ¡Ah!..., ¡el lodo es tu medicina! ¿Verdad, Madina? – y alzando puñados de barro cubrió las heridas de los dos animales.

Sophía entre el asombro y el susto se había ido acercando hacia los búfalos muertos y los renos heridos.

Y Milcha, cuya energía y valor se acrecentaban en los mayores peligros y dificultades, se sentía gigante nuevamente para curar a las dos víctimas de aquella formidable batalla.

– Ahora tenemos que sacar la piel de los búfalos. ¡Oh, será un hermoso tapiz para el piso de la caverna cuando sea llegado el invierno!

Los renos se echaron al suelo y su fatigosa respiración denotaba su inmenso cansancio.

Milcha les acercó cántaros con agua y los animales bebieron ansiosamente.

La tarde ya terminaba y las dos mujeres seguidas de su familia reniana entraron en la caverna, donde ya Madina estaba haciendo salir chispas luminosas, con los golpes de su pata delantera sobre la piedra, aquella que servía de hogar en la caverna de Gaudes. Cuando se disponían a hacer su frugal comida de la tarde a la luz amarillenta del hogar, un espantoso temblor pareció conmover los campos y la montaña en que estaba abierta la gruta protectora.

Las dos mujeres se miraron con profundo terror.

– ¡La cabaña se hunde! – gritaba Milcha mientras ambas corrían a tomar a sus hijitos y se dirigían a la puerta para huir.

Los renos escuchaban inquietos aquel ruido como de una tempestad.

Madina, con su experiencia y solicitud maternal, lamió las manos a

las dos mujeres y se puso ante la puerta para impedirles salir. Milcha comprendió el lenguaje mudo de la reno que le significaba que el peligro estaba fuera.

–Debe ser un ejército que cruza a la carrera –observó Sophía, ya más tranquila.

Milcha entreabrió la puerta de la caverna y a los últimos resplandores del atardecer vieron una masa oscura y rugiente que pasaba por el vecino valle como un torbellino de negros fantasmas enfurecidos.

– ¡La tromba de los elefantes! –exclamó Milcha, cerrando precipitadamente la rendija que había abierto.

Madina no se movió de la puerta hasta que aquel trueno formidable resonó como un bramido lejano que va desvaneciéndose en el silencio del anochecer.

¡Cuántas cosas se aprenden, Milcha, cuando no se vive en los palacios! –exclamó Sophía estrechando a su hijita entre sus brazos.

–Pero yo prefiero un palacio para vos, mi princesa –contestó la esclava, acomodando a los niños sobre una piel junto al fuego para darles su ración de la cena.

–Por hoy, este es nuestro palacio, Milcha, y bendito sea el Altísimo que lo puso en nuestro camino.

LA VIDA EN EL SANTUARIO

Al salir, Joheván y Aldis, del hermoso recinto dedicado a las experiencias suprafísicas de Bohindra, en favor de los enfermos del alma y del cuerpo, pidieron a Zahín que les condujera a sus habitaciones particulares, pues se sentían agotados y necesitaban descansar.

En realidad lo que ellos deseaban era estar solos, para deliberar sobre lo que acababa de ocurrirle a cada uno en particular.

Siendo conocidas del lector, tanto la manifestación plástica radiante presenciada por Joheván, como el desdoblamiento consciente de Aldis, excuso referir los detalles y comentarios hechos por ellos y desde luego fáciles de suponer.

Ambos habían llegado al convencimiento de que estaban bajo la acción de energías y fuerzas muy superiores y benéficas, ya que todas las manifestaciones de estas energías y fuerzas, tenían por fin devolver la quietud a las almas y la salud a los cuerpos.

Sólo una circunstancia les aparecía incomprensible a la luz de sus razonamientos.

Si las fuerzas que les envolvían eran buenas y justas, ¿por qué les

separaban en el plano físico de sus esposas y de sus hijos? ¿Cuál era el fin que se perseguía con tal separación? Y si esas fuerzas les separaban, ¿por qué en determinados momentos les unían como en un deslumbramiento del más elevado y sublime amor?

—Mira, Joheván, —decía Aldis, más sereno y reflexivo como de costumbre, que su vehemente compañero—, que estos Kobdas son buenas personas no lo podemos poner en duda, porque hasta este momento no hemos recibido de ellos más que amor y solicitud en todas las formas. ¿No es esto una verdad?

—Ciertamente y casi estoy por decirte que empiezo a quererlos y a encontrarme bien entre ellos.

—Pues hombre, lo raro sería que no les quisieras, dado el amor que nos brindan y el hecho de haber encontrado a tu padre entre ellos. Debes reconocer que eres un hombre afortunado.

—Conque afortunado, ¿eh? ¡Mira que es cruel la burla cuando el corazón está sangrando!

—No te irrites, Joheván, y razonemos. Caídos prisioneros entre una banda de piratas. ¿Cuál fue la perspectiva que se nos presentó? Una vida de horrores que al fin terminaría con una espantosa muerte. ¿Es verdad esto? ¡Sí o no!

—Sí, es verdad, plena verdad.

—Creímos que nuestras esposas tendrían la misma suerte que nosotros, con la diferencia de que por ser mujeres, irían a servir de pasto para alimentar la lascivia de esas bestias con forma de hombres. ¿No es así?

—Sí, es así, no puedo negarlo.

—Pues bien, nada de esto ha sucedido. ¿Tenemos derecho a quejarnos?

“Es verdad que estamos ausentes de esos seres queridos de nuestro corazón, que formaban todo nuestro mundo, pero los acontecimientos maravillosos que venimos presenciando, nos prueban hasta la evidencia, que es una separación a medias, a intervalos, toda vez que sin saber cómo ni por qué, nos vemos y nos hablamos. ¿Dime si todo esto, no es una bien inesperada felicidad?”

En estos momentos les llamó la atención el eco lejano, como de himnos solemnes cantados por muchas voces en coro y acompañados de liras y ocarinas.

Salieron a la terraza de sus habitaciones, que como se sabe daba a un inmenso patio de palmeras. Las voces parecían acercarse por momentos, pero no podían comprender las frases de los himnos religiosos que cantaban, pues lo hacían en una lengua diferente de la suya.

Pero había tal unción, tan poderosas vibraciones, tan profundo sentimiento de adoración y de amor en aquellas voces, que flotaban en el

ambiente como si fueran las almas y no los labios que cantaban, que era imposible sustraerse a la honda emoción que causaban.

Por fin, vieron asomar por la arcada de un pórtico que daba al patio de las palmeras, al Pharahome, con su largo ropaje color gris azulado, en medio de una fila de diez Kobdas, todos ya de edad avanzada, entre los cuales se destacaba por su elevada estatura, Bohindra, el Kobda poeta y músico.

Detrás de ellos seguían en filas de diez, una multitud de hombres, todos vestidos de igual color, y todos coronados de adormideras blancas, menos el Pharahome que ceñía como una diadema de siete grandes lotos.

Y al final aparecía una fila de diez jóvenes vestidos a la usanza del país, más o menos como Joheván y Aldis vestían, o sea una especie de túnica corta de variados colores, apretada a la cintura por una faja de seda verde o roja o azul.

Dieron todos, tres vueltas alrededor del patio y por fin el Pharahome y sus diez acompañantes se sentaron en los bancos de piedra, que en forma circular se hallaban debajo de las palmeras.

Todos los demás Kobdas formaron un triple círculo en derredor de ellos.

Los diez jóvenes se adelantaron hacia donde estaban los Ancianos sentados y se inclinaron haciendo un profundo saludo.

–Sombras vivientes, ¿de dónde venís? –les preguntó el Pharahome.

–De las tinieblas de la inconsciencia humana –contestaron los diez.

–¿A qué habéis venido?

–A buscar descanso en la Luz.

–¿Qué habéis dejado detrás de vosotros?

–Fuegos fatuos que se apagan.

–¿Qué pedís de los Hijos de Numú?

–La Sabiduría, la Paz y el Amor.

–¿Sabéis dónde se encuentran?

–En las almas sin egoísmo.

–¿Sabéis cómo se consiguen?

–Dominando a la materia y cultivando al espíritu.

–¿Con qué fuerzas contáis para conseguirlo?

–Con la voluntad.

En ese momento se acercó un Kobda con un pebetero lleno de ascuas encendidas, que colocó ante el Pharahome, el cual arrojó en ellas resinas perfumadas.

–Que vuestros pensamientos y vuestras obras sean como estas espirales de humo perfumado subiendo al Infinito.

“Que la Sabiduría se derrame sobre vosotros como estas blancas

adormideras, símbolo del olvido de los placeres ruines y groseros de la carne.

Todos los Kobdas arrojaron sus coronas sobre los diez jóvenes, inclinados casi hasta el suelo. Y se les vio cubiertos por completo por un suave manto de pétalos blancos.

—Que el Amor sea vuestra corona por los siglos de los siglos —dijo el Pharahome tomando su diadema de blancos lotos y deshojándolos, también, sobre el manto de adormideras que cubría a los diez jóvenes que se iniciaban en la austera vida espiritual.

Y un torrente de voces varoniles acompañadas de laudes, se desbordó en un magnífico himno triunfal.

Cuando terminaron las últimas vibraciones del canto, los jóvenes se levantaron haciendo caer entorno suyo aquella inmensa montaña de flores, que formaba como un blanco tapiz de nieve.

Los diez Kobdas del Alto Consejo cubrieron con la vestidura gris azulada de los Hijos de Numú, a los diez postulantes, que fueron recibiendo del Pharahome el abrazo de bienvenida y el Libro de la Ley.

Ya estaban afiliados a la gran Fraternidad Kobda, para el servicio del Altísimo y el bien de la humanidad.

Interminables abrazos unían los corazones de los Kobdas antiguos con los recién llegados, haciéndoles sentir la infinita dulzura del amor fraterno sin egoísmos y sin interés.

El sol poniente parecía tender un dosel de rosas y de oro sobre el magnífico cuadro tan espléndidamente esbozado por aquella porción de humanidad, que apartada de las mezquindades de la vida grosera de los sentidos, se sumergía plácidamente como en un huerto silencioso, con rumor de arroyuelos cristalinos y resplandores de astros lejanos; y donde podía el alma coronarse con la gloria de haberse vencido a sí misma y de haberlo renunciado todo en aras de la Sabiduría y del Amor.

* * *

— ¿Qué habrá sido de Nohepastro, nuestro rey? —se preguntaban Aldis y Joheván.

Veintiséis lunas habían transcurrido desde que las embarcaciones de Nohepastro salieron de Otlana en busca de tierras y de glorias, y el viejo rey no había recogido más que desengaños, humillaciones y dolores.

Diríase que los genios del mal habían recibido poderes del Altísimo para descargar sobre él la furia de sus tempestades, desde que, por su ambición desmedida, había sacrificado la felicidad de su hija.

Y en su sombrío dolor, el rey se preguntaba:

— ¿Qué habrá sido de mi hija y de su esclava favorita? ¿Adónde las

habrían conducidos aquellos hombres que habían protegido su fuga?

La desesperación y el dolor llenaron de hiel el alma del rey Atlante, y cuando el Jefe Ático le exigió el cumplimiento de su promesa, lo postergó sin dar razón del verdadero motivo, pues le humillaba demasiado decir que su hija había desaparecido. Los mejores de sus navegantes hicieron exploraciones por las costas, y sus más hábiles guerreros recorrieron las montañas y los valles, sin que por ningún lado aparecieran vestigios de las fugitivas.

Su futuro yerno lo apremiaba, hasta que convencido de que Nohepastro no pensaba cumplir su promesa, le amenazó con la guerra. El viejo rey no respondió sino haciendo desembarcar en tren de batalla a todos sus guerreros armados hasta los dientes.

El país de Ática, en lejanas épocas anteriores, había llegado a una esplendorosa civilización de la cual no quedaban entonces sino los vestigios. Grandes aldeas o villas habíanse levantado modestas y tímidas, junto a los sitios donde aún podían verse las ruinas grandiosas de las antiguas metrópolis, en que florecieron las ciencias y las artes llevadas allí por la raza gloriosa de los Samoyedos.

Ática no era pues, más que una sombra de su pasada grandeza, pero no obstante los pobladores Keftos, Eurianos y Sardos que la habitaban eran también hábiles guerreros y la lucha fue formidable; lucha de incendio y de exterminio en que ambas partes salieron perjudicadas como ocurre siempre en esta clase de contiendas. No obstante de las ventajas obtenidas por el rey Atlante, no quiso permanecer en aquel país, donde se vería obligado a vivir en continua lucha para someter a los pobladores y así se hizo a la vela en el pequeño puerto de Mora Akón *—después Maratón—, y pasó al país de Turea, *—después Eubea—, habitado por los Turanios que le recibieron con desconfianza a causa del gran número de barcos y de gente que conducía. Sus sabios y sus augures, aseguraban que aún no habían llegado al destino que les fuera antes marcado, y que era necesario continuar hacia el Noreste, donde el Altísimo había ocultado gruesas arterias de oro finísimo en el seno de las montañas. Ambicionaban conquistar las cordilleras de Havilá en el país de Manh, *—Armenia—, donde leyendas fabulosas decían que había tal enorme cantidad del precioso metal, que era posible cubrir con él hasta el pavimento de las calles de magníficas ciudades, que el rey Atlante podría levantar, oscureciendo la grandeza de cuantos monarcas recordaban las viejas tradiciones. La amargura de su corazón llenó de hastío y de cansancio su vida, y por distraerse en nuevas aventuras continuó viaje hasta las costas de Tracia, y pasando por Potidea se encontró en las azuladas aguas del Ponto Euxino o Mar Negro, que entonces sólo estaba separado del Mar Egeo por un estrecho istmo que desaparecía durante las altas mareas.

Apenas había llegado al puerto de Karkena, *—más tarde Heraclea—, a tomar provisiones, cuando tuvo lugar la espantosa catástrofe que hundió bajo las aguas al país que fuera su dominio, aquel magnífico país de Otlana al N.E. del Continente Atlante, donde durante treinta siglos habían reinado sus antepasados.

La conmoción fue tan formidable que alcanzó a lo que es hoy la península Escandinava, casi deshabitada entonces, y de la cual formaba parte Casitérida, Ibernica y Ascuzay, *—posteriormente Suecia, Irlanda, Noruega, Inglaterra, Escocia—, que en esa catástrofe se desmembraron de las tierras heladas del Báltico.

Un brusco cambio de temperatura provocó el deshielo de los glaciares del norte y sus aguas inundando las tierras, desde el Danuwe hasta los Urales, se confundieron con las aguas del Ponto Euxino, que se desbordó por la vasta Anatolia y país de Akadia, hasta unirse con el mar Hircanio en el norte y Mar Grande en el sur.

Los navegantes de Nohepastro se vieron desorientados, entre aquella confusión de mares que habían mezclado sus aguas, sin dejar rastro de los sitios en que existieron las numerosas y florecientes poblaciones de las costas.

Sólo quedó fuera de las aguas como una enorme cabeza de gigante, el pico más alto del Monte Ararat, donde anclaron sus barcos, cansados ya de una navegación sin rumbo fijo. Cuando las aguas fueron bajando, su flota, destruida en una tercera parte por las contingencias de aquella desventurada expedición, se refugió en el Golfo de Isgaur, para establecerse no ya como soberano conquistador sino como una tribu emigrante del continente desaparecido, y fundó la ciudad de Alhava en la parte norte de las llanuras de Akadia, entre el Ponto y las tierras bañadas por el río Kura, donde épocas remotísimas había existido una ramificación de las grandes tribus que formaron la antigua civilización Sumeriana, cuyo mayor esplendor se desarrolló bajando de las montañas de Manh, *—después Aramé o Armenia—, por los valles del Éufrates hasta el Golfo Pérsico.

El rey atlante en su viaje, había pues pasado sobre los despojos de las más grandes civilizaciones antiguas de aquel continente.

Y al visitar las magníficas ruinas que la última subida de las aguas había tornado más y más en escombros, el viejo rey, llorando, decía:

—Otros visitarán como yo, las ruinas de mi hermosa Otlana y sus bellas ciudades costaneras, cuando devuelvan su presa las aguas traidoras, que la arrebataron de la faz de la tierra.

Tres de sus Jefes: Sem Heber, Kan Efor y Jafet Uran le fueron tan fieles y adictos en el dolor, como acaso no lo hubieran sido sus propios hijos; por lo cual Nohepastro les otorgó los derechos de legítimos herederos.

La tradición los recuerda como hijos del ambicioso marino del palacio flotante, que según la leyenda mandara un cuervo y una paloma como exploradores sobre las aguas audaces y traidoras.

Los descendientes de los súbditos que fueron del rey atlante, se confundieron con los Acadios y los Sumerianos, que amistosamente les concedieron tierras a condición de ser pacíficos y perseverantes agricultores.

¿Quién diría al viejo Nohepastro que medio siglo después un biznieto suyo, un hijo de una hija de Sophía, pasaría enseñando el desprendimiento y el amor, por esos mismos sitios a donde a él, le llevó su egoísmo y su ambición? ¡Quién le diría al desterrado rey atlante que ese descendiente directo suyo, oiría hablar a los ancianos agricultores de un rey venido de lejanos continentes, en un palacio flotante sobre las aguas, y que había muerto de tristeza, perdidos sus dominios y hasta la única hija que tenía, por la audacia de los mares traidores y voraces!...

Y que ese peregrino, misionero del amor entre los hombres, ignoraría que aquel rey personaje de leyenda, le había dado su sangre y era el padre de la madre de su madre.

¡Extrañas coincidencias y puntos de contacto entre los destinos de los seres y de las sociedades humanas!

Todo esto que acabo de relatar, lo refería a Joheván y Aldis, en el patio de las palmeras, pocos días después de la ceremonia de consagración realizada en él, un Kobda que acababa de llegar a Neghadá, del otro lado del Mar Grande después de haber recogido otras víctimas de las bandas de piratas, algunos de los cuales habrían apresado una de las embarcaciones perdidas del rey Atlante.

GAUDES

A la mañana siguiente del día aquel, en que renos y búfalos libraron la batalla campal que conocemos, Milcha se levantó a la madrugada pensando en la ruda labor que debía cumplir, dos búfalos muertos ya esperaban manos fuertes y ágiles que sacasen la grasa y la piel.

Ella sabía que en su país, con la grasa de los búfalos se preparaban hermosos velones, altos como un hombre, que colocados en un grueso pedestal de madera o de piedra, daban luz durante treinta o cuarenta noches. ¡Y su amada princesita deseaba tanto una luz para sus largas noches solitarias en la caverna!

Procurando no hacer ruido, salió, y detrás de ella los renos, Madina se le acercó a lamerle las manos.

–Enseguida te ordeño –le dijo Milcha, creyendo que tal era la indicación que quería hacerle, pero la reno la tomó con la boca de las ropas y la atraía hacia la caverna. Milcha la siguió hasta uno de los montones de paja donde dormían las bestias, y su sorpresa fue grande al ver a una de las hijas mayores de Madina que había dado a luz, y lamía cariñosamente a su renito recién nacido.

– ¡Ah!..., ¿querías explicarme que eras abuela? ¡Te felicito, Madina! ¡Qué nietecito más hermoso tienes! –decía Milcha, entusiasmada, acariciando el hermoso animalito.

Como vio que Sophía y los niños estaban profundamente dormidos, guardó la novedad para cuando se despertasen y salió de la caverna, armada de un cuchillo para empezar su tarea.

El espanto se apoderó de ella cuando vio que dos hombres, un anciano y otro joven estaban tranquilamente quitando la piel de uno de los búfalos.

Iba a gritar, pero se contuvo. Algo interior le dijo que no debía temer. Vio que los renos olfateaban a los hombres, y tranquilamente se ponían a comer. Salió Madina y al ver al hombre anciano, comenzó a dar saltos de alegría y le lamía las manos y se apretaba contra él como si quisiera abrazarlo.

Milcha se echó a temblar y pensó que esos hombres serían los dueños de aquella caverna y que ellas tendrían que huir de allí. No sabía si esconderse o hacerse presente a aquellos hombres, que parecían no haber reparado en ella. Hablaban entre ambos, y a veces con la reno que parecía comprenderles y que no se les separaba ni un momento.

Cuando las dos pieles estuvieron sacadas, las extendieron con el pelo sobre el musgo y enclavadas en la tierra por medio de punzones de madera, a fin de que la tensión las secase más pronto.

Después, el anciano dirigiéndose a Milcha y con gran naturalidad, como si de tiempo atrás la conociera le preguntó:

– ¿Queréis traer una cesta para colocar la grasa?

Milcha, sin salir de su asombro, buscó una de las grandes cestas de junco que habían hallado en la caverna y se la presentó.

– ¿Os agrada la carne de búfalo? –volvió a preguntarle el anciano.

–Nunca la he comido, pero a los cazadores de mi país les oí decir que era buena.

–La vamos a preparar como se usa en esta tierra y ya veréis qué sabrosa es.

Entre los dos cortaron hojas de palmeras y las tendieron en el suelo, después hicieron delgadas láminas de carne que iban colocando encima de las hojas.

–Dadme sal –le dijo nuevamente. Y Milcha se la trajo–. Así salada,

dejadla que tome el sol todos los días, preservándola del rocío y de la lluvia, y tendréis buena carne durante todo el invierno.

El asombro de Milcha iba en aumento pues no comprendía lo que estaba viendo. ¿Quiénes eran estos hombres y por qué hacían esto con ellas? –se preguntaba.

– ¿Sabéis preparar la grasa para los velones? –le preguntó de nuevo.

–Sí, pero no tenemos marmita.

– ¿Cómo que no la tenéis? ¿Es posible una casa sin marmita? –y el anciano se acercó y removió un poco el tronco de árbol que tantos años había servido de banco y de tapadera a un hueco natural de la peña, junto a la puerta de la caverna.

Milcha miró con asombro, casi con espanto, y vio que aquello era como una bodega llena de cestas de junco, de bolsas de cuero, de cántaros de calabazas de diferentes tamaños, de utensilios de labranza y dos marmitas de cobre que brillaban al recibir los rayos del sol.

– ¡Yo ignoraba todo esto! –exclamó Milcha azorada.

– ¿Y cuál es el ama de casa que ignora lo que guarda su bodega? –le dijo bondadosamente el anciano, mientras el más joven, puesto de rodillas, entraba medio cuerpo al hueco y sacaba las marmitas y una piedra gris y lustrosa, que tenía una cavidad de regular hondura en que había puesto un mazo de la misma piedra.

–Aquí se pisa el trigo y el maíz para hacer el pan. ¿Sabéis hacerlo?

– ¡Ah, sí! –exclamó alegremente Milcha, porque pensó en que ya tocaba a su fin la harina que había encontrado en la caverna.

–En estas cestas debéis recoger las frutas del huerto que ya están a punto para secar. Los renos saben hacer bien la cosecha de las legumbres y los cereales –continuó con la mayor tranquilidad el viejo, mientras el más joven armaba el molde de cobre en que se hacían los velones.

–Pero ese huerto, ¿dónde está? –preguntó la esclava a aquel hombre que le parecía maravilloso.

–Cuando llegáis a la fuente, ¿no habéis visto ese bosquecito de bambú que hay detrás de ella?

–Sí, he visto ese cañaveral.

–Pues esas cañas son el muro que esconde a todas las miradas, el huerto que pertenece a vuestra casa.

Milcha no sabía qué contestar.

Se oyeron alegres voces de Adamú. El anciano le dijo:

–Vuestro niño os llama. Atendedlo.

Milcha entró para comunicar a Sophía las grandes novedades, y cuando salía de nuevo para que aquellos hombres entraran a ver a su ama, no encontró a nadie más que a los renos, que pastando iban alejándose poco a poco de la caverna. Vio a Madina, que parada en el sitio

que estuvo últimamente el anciano, olfateaba buscándole, con los ojos inquietos hacia todos lados. Miró Milcha hacia el interior del hueco-bodega, creyendo encontrarlos allí. No había persona alguna en todos aquellos alrededores.

El asombro la dejó paralizada, mas, luego recordó la visita que le había hecho Aldis, y como, cuando se marchó, salió a buscarle y no le vio por ninguna parte.

– ¡Verdaderamente es esta una tierra encantada, como aquellas de los cuentos que me contaba mi abuela en las noches de invierno! –murmuró la esclava entrando nuevamente en la caverna, para desahogar con su ama las grandes impresiones de aquel inolvidable amanecer–.

“¡Madina es abuela!..., ilas pieles de búfalo están tendidas al sol, la grasa en la cesta, las marmitas de cobre y el molde listo para los velones, la piedra de moler el trigo, el huerto con las frutas maduras!...”

Todo este torbellino de noticias cayó en los oídos de Sophía, que estaba incorporándose en su lecho de pieles.

– ¿Qué dices, mujer?

Y Milcha repetía las noticias sin lograr hacerse creer.

– ¿Dices que los hombres han desaparecido como Aldis?

– ¡Claro que sí!

–Un viejo pastor de mi padre, solía decir que un alma errante que guardaba aquellas tierras le había anunciado la llegada de un ser extraordinario enviado del Altísimo, y cuyo acercamiento a la tierra sería anunciado por extraños y prodigiosos acontecimientos, jamás soñados por los hombres.

“¿Será que es llegado ese tiempo y hemos sido traídas a estas tierras por bondad de Dios, para ser testigos de los grandes acontecimientos que conmoverán la tierra?

–Así lo creo desde que estamos viviendo una vida casi maravillosa.

Ya Sophía estaba vestida y salía de la alcoba, cuando nuevos gritos de Adamú atrajeron su atención.

Ambas mujeres vieron al niño que se había arrastrado hasta el montón de paja en que estaba el renito recién nacido, al cual trataba de retirar de la madre. Cuando lo consiguió mediante un gran esfuerzo, se colocó en aquel sitio. Milcha adivinó que quería mamar de la reno, la cual a una palmadita cariñosa de la esclava, se incorporó en su lecho de paja para que el pequeño Adamú pudiera tomar su desayuno con toda comodidad.

El lector habrá comprendido la exteriorización de fuerzas astrales poderosas, que había realizado Gaudes para auxiliar a los cuatro abandonados de los hombres, pero ampliamente protegidos de Dios.

Estaban allí los que serían progenitores de su Verbo Encarnado, los

que debían darle su carne y su sangre. ¿Quién pues, debía cuidar de sus vidas humanas sino el Alma Eterna, el Pensamiento Divino, la Inteligencia Suprema, el Amor Increado, causa, origen y fin de todo cuanto es y será en el vasto Universo?

El extraordinario cultivo que de sus facultades espirituales había hecho Gaudes, lo ponía en condiciones de utilizar las potentes energías y fuerzas plásmicas del éter que envuelve el plano físico. Y servíale de eficiente colaborador el doble etéreo de los búfalos, consistente y fortísimo en sus materias constitutivas, que a su llegada a la caverna estaban empezando a desprenderse de sus cadáveres.

En el inmenso laboratorio de la Naturaleza visible y del mundo invisible, son infinitas en variedad y formas, los elementos, las energías, las fuerzas y las corrientes eficaces para producir grandiosos acontecimientos en beneficio de la humanidad.

Lo que falta es el cultivo de las grandes facultades mentales inherentes al hombre para poder producirlos, mediante la exteriorización de esas energías y de esas fuerzas tan generosamente brindadas por el Creador a todas sus criaturas. Gaudes, el hombre de las obras ocultas y silenciosas, juzgaba mayor bien consolar a los débiles y desamparados por los hombres, que transformar las piedras en oro, o hacer llover diamantes sobre las multitudes ambiciosas de las grandes ciudades sibaritas y envilecidas.

LEYENDO EL PASADO

Una noche, Joheván y Aldis cambiaban impresiones en aquella misma terraza desde la cual vieron la consagración de los diez postulantes al servicio de Numú.

Llegaban ya a su término los diez días que debían transcurrir hasta ser de nuevo llamados a la Mansión de la Sombra.

Entre Zahín que les enseñaba durante el día y Bohindra algunas noches, ambos jóvenes habían aumentado el caudal de sus conocimientos suprafísicos de un modo notable.

En veinte años de vida entre la masa vulgar de los hombres, no habían aprendido lo que en aquel recinto, entre los obreros del pensamiento, buscadores del tesoro incorruptible de la Sabiduría y del Amor.

Habían visitado el Archivo de las Edades con sus miles y miles de rollos de papiro, escritos en todas las lenguas y en todas las formas de expresión humana, donde los Kobdas de mayores desarrollos y percepciones mentales y espirituales, escribieron las leyendas que en lo infinito

del espacio y del tiempo, habían ido ocurriendo, desde que el planeta fue habitado por seres humanos.

La tradición que estuvo en boga en la época neolítica, del huevo caído sobre el mar desde una estrella luminosa y roto al chocar con las aguas, y de que entre el cascarón flotando sobre las olas, aparecieron el primer hombre y la primera mujer, para servir de simientes de una nueva humanidad, no era ya para ellos más que una figura simbólica, pues los rollos de papiro del Archivo de las Edades, les habían dicho con datos y con pruebas, que el origen de la humanidad sobre la tierra, era mucho más antiguo, y era el fruto de una larga evolución a través de todas las formas de vida, que pueden observarse en la magnífica y fecunda naturaleza.

Habían comprobado que 30.000 años atrás, gran parte de los continentes asiático y europeo, eran una inmensa sabana de aguas congeladas en las llanuras y en los valles, y que sólo una vasta cordillera de montañas, desde los Pirineos hasta el Himalaya, fue habitada por los hombres del hielo, en inmensas cavernas labradas por ellos, en lo más alto y escarpado de las mesetas rocosas.

Allí estaban los trozos de piedras grabadas con figuras y símbolos, tomados de las mismas manifestaciones de la naturaleza, cuando el hombre era todavía incapaz de crearse un lenguaje adecuado para hacerse comprender de la posteridad.

Habían visto un grabado en piedra rojiza que encerraba toda la historia de un caudillo de la época neolítica.

Una mujer tendida sobre hojas de hierba, sacando ella misma del lóbulo materno su párvulo recién nacido, y unas frutas desconocidas entonces. Esto quería decir que aquel caudillo nació cuando esa fruta estaba en sazón.

La historia continuaba.

Un hombre gigante arrastrando con cordeles a una abigarrada multitud de hombrecitos como hormigas. Esto significaba que aquel hombre había dominado muchos pueblos. Y después, el gigante siempre erguido pero con su cabeza cortada, sostenida por su propia diestra sobre la multitud tendida en tierra, en señal de duelo. Esto indicaba la muerte del caudillo, adorado como un Dios por sus pueblos fanatizados.

Los siglos mudos que pasaron, hablaban pues en la lengua de piedra de sus grabados arcaicos, adquiridos por los hijos de Numú en sus correrías de investigación o comprados a los piratas que tenían sus agentes a lo largo de aquella vasta cordillera, de cuyas inmensas cavernas podía desenterrarse toda la historia de la humanidad.

Y con las manifestaciones plásmicas y los relatos dictados por las almas errantes, los Kobdas durante siglos habían reconstruido, paso a paso, toda

la historia de la humanidad desde mucho antes del largo período paleolítico, cuando las grandes Inteligencias tutelares de la Tierra realizaban ensayos de evolución ascendente, para formar el tipo de esta humanidad, lo cual dio lugar a la aparición del hombre-peze, *–las sirenas–, del hombre-caballo, *–los centauros–, del hombre-ave, *–los buhones–. Y los siglos entregaban, forzados y a jirones, sus tremendos secretos guardados en el corazón de las montañas, pensando sin duda, que los glaciares eran eternos y que jamás los entregarían al hombre del futuro.

Pero los Kobdas eran los exploradores del pasado y del porvenir; y de aquel rincón apartado y silencioso, se bifurcaba, nuevamente, el camino de la humanidad que había pasado y de la humanidad que llegaba, con nuevas orientaciones y con nuevos ideales.

Y Joheván y Aldis, supieron que en las montañas Pirenaicas y Alpinas, hubo antiqúisimas civilizaciones de hombres gigantes, artífices del cobre y de la piedra, en los cuales dejaron los rastros indestructibles de su paso por la tierra.

Y supieron también que cada civilización, cada colectividad, cada raza, cada dinastía, cada individuo, viene a la vida terrestre con un programa a cumplir, y que de su buen o mal cumplimiento, dependerá luego la evolución, el progreso, el triunfo, la grandeza colectiva e individual. Supieron además que la falta de ese cumplimiento acarrea la ruina, la degeneración, el exterminio, el aniquilamiento, la desaparición de civilizaciones, dinastías, razas y doctrinas sustentadas por ellas.

Y a través de los inmensos secretos arrancados a los siglos por los hijos de Numú, misioneros de la Sabiduría y del Amor, Joheván y Aldis se vieron como dos avecillas de una inmensa bandada, que había bajado a la tierra para abrir todos juntos, un nuevo camino de progreso y de paz a la humanidad.

Desde la cumbre del altruismo personal a que habían sido llevados por inesperados acontecimientos, vieron demasiado pequeños sus deseos y sus dolores de hombres. Demasiado injusto en querer precipitarse a reconquistar el mendrugo de dicha momentánea y efímera que habían perdido.

Vieron a sus esposas y a sus hijos como avecillas también, que junto con ellos habían emprendido un vuelo hacia esta tierra para traer en el pico, acaso nada más que un grano de trigo que, sembrado en el lugar y medio ambiente apropiado, fuera en el futuro un hermoso plantel de trigales dorados.

Tales eran las conversaciones que sostenían Joheván y Aldis a la luz de las estrellas, sobre la terraza del patio de las palmeras, comentando los nuevos conocimientos que abrían también nuevos horizontes a sus esperanzas y a sus anhelos.

–La luna se ha ocultado ya, y es hora de que me sigáis a la Mansión de la Sombra –dijo la voz de Zahín, desde el descanso de la escalera, por la cual debían subir.

–Vamos –dijeron ambos jóvenes, levantándose para seguirle.

Entonces pudieron darse cuenta más claramente, de que aquel enorme edificio tenía forma cuadrangular en su planta baja y circular en el piso alto, con terrazas salientes y escalonadas en las distintas partes del edificio, que aparecía desde fuera como una torre, demasiado baja en relación a las vastas dimensiones de su base, que sería, puesta en nuestras medidas, de unos cuarenta mil metros cuadrados. Era esta inmensa mole de piedra, pues, como una ciudadela amurallada, que estaba completamente rodeada de bosques de plátanos, de acacias, de palmeras, de fresnos y de ciruelos. La hiedra cubría casi por completo, la parte de sus gruesos murallones. Cuando terminaba el bosque, se veía un ancho canal de agua del Nilo que rodeaba toda la plantación y hacia la cual no podía llegarse sino por el mar, o por un puente que tendía su inmenso lomo de piedra hacia la pradera, como un enorme monstruo marino que se hubiese atravesado en el anchuroso y profundo canal. Este puente estaba cerrado al exterior por el mismo cerco de piedra que se alzaba a la orilla exterior del canal. Como se ve, era un refugio seguro para los perseguidos por los odios de los hombres. En la planta baja se hallaban las habitaciones destinadas a huéspedes relacionados con los trabajos mismos que los Kobdas realizaban; a los animales que tenían para el servicio de la casa, y a depósito de provisiones para la manutención.

En el primer piso, estaban las habitaciones o bóvedas de los postulantes y Kobdas, por orden de antigüedad, y el Jardín del Reposo.

En el segundo, el gran Archivo de las Edades, la Sala de los Consejos o deliberaciones, y al centro, la Mansión de la Sombra de forma circular y rodeada de columnatas para facilitar el acceso desde cualquier dependencia, y sobresaliendo más alto aún, el pequeño gabinete de observación de los astros.

Cuando nuestros jóvenes llegaron al recinto sagrado, aún estaba iluminado a medias con sus inmensos velones de cera aromatizada, que al quemarse despedía un suavísimo perfume adormecedor de todas las inquietudes de la mente.

Los muros de la inmensa rotonda no se veían, pues estaban tapizados de arriba abajo con una tela violácea, que caía por encima de los bancos que en forma de inmensos círculos escalonados, rodeaban el recinto en todas direcciones, menos en un espacio que estaba ocupado por una enorme pilastra de piedra blanca, llena de agua hasta los bordes, y detrás de la cual se levantaba hasta la techumbre una hermosa pintura mural que representaba a Numú, el Cristo-hombre de los antiguos Kobdas ; un

hombre en edad viril, hermosísimo, vestido de color gris azulado y que aparecía sobre una pradera con un corderillo entre los brazos.

La pilastra estaba sostenida por tres Kobdas de piedra, sentados a la oriental sobre el pavimento. Igualmente los pedestales en que estaban embutidos los velones, eran Kobdas de piedra esculpidos en el muro, que sostenían con sus manos los grandes cirios de cera, que se consumían lentamente para dar luz al vasto recinto.

Aquellas estatuas eran la imagen de los primeros Kobdas Fundadores de aquella Institución, que ostentaban coronas de lotos, símbolo de la vida superior de elevada espiritualidad que habían realizado. Según su credo y su tradición, Numú había venido en una edad lejana desde una estrella más lejana aún, a la cual llamaban Sirio y había traído aquellos diez Kobdas, para base y fundamento de la vasta obra espiritual diseñada por los grandes Guías de la Evolución.

Pero la construcción aquella, era relativamente moderna para ellos, pues sólo contaba diez centurias. Antes habían vivido en las cavernas de las grandes montañas.

Delante de la pilastra, en semicírculo doble, había dos estrados de piedra blanca tallada, con respaldos, que podían contener doscientos hombres sentados y estaban destinados a los Kobdas de facultades psíquicas mayormente desarrolladas. Allí pasaban también las horas de turno en la concentración acumuladora de energías y fuerzas astrales, los cuarenta Kobdas que, sin interrupción, estaban en el sagrado recinto.

En el centro estaba el estrado de piedra del Pharaohome. Tal era la Mansión de la Sombra, llamada así porque siempre estaba sumida en penumbra, pues los grandes cortinados que la cubrían interceptaban la luz que, durante el día, entraba por la única puerta y por las ojivas abiertas en lo alto de la techumbre abovedada.

Zahín les había llevado antes de la hora en que comenzaría el trabajo espiritual, para que tuvieran oportunidad de conocer el recinto sagrado de la Casa de Numú, donde si fuertes eran las murallas que lo cerraban a la vista de los profanos, más lo eran todavía las densas bóvedas astrales, sobrepuestas y compactas como filigranas de piedras preciosas que impedían la entrada, hasta del más leve pensamiento en desacuerdo con la pureza divina del Altísimo.

Encima de la puerta de entrada un grabado en siete lenguas decía:

“Si estás agitado por resabios de odio o de bajos deseos, no penetres en este recinto porque traes la muerte”.

Y era tradición que se habían quedado muertos repentinamente, algunos grandes sensitivos, por la entrada imprevista de audaces, ignorantes o descreídos; que sin la altura de miras necesaria, se habían refugiado allí para libertarse de una muerte espantosa, merecida por delitos propios o

a la espera de acontecimientos materiales que modificaran la situación. Por eso, nadie entraba allí sino después de los cuarenta días llamados de Purificación, y en los cuales el sujeto hubiese dado pruebas de sus intenciones rectas.

Joheván y Aldis fueron colocados entre los sitios destinados a los postulantes, y en silencio y quietud esperaron.

Los cuarenta Kobdas del turno estaban en el estrado delantero y parecían de piedra como las estatuas que sostenían la pilastra y los velones. El resto de la vasta Morada estaba desierto. Una clarinada suave y profunda, repetida tres veces, era la señal de la llegada al recinto de los demás Kobdas.

El Pharahome llegó el primero, y tras él los diez Kobdas de más edad, que le acompañaban aquel día de la consagración, y que fueron a sentarse en el círculo que quedaba inmediatamente detrás de él.

Y empezaron a entrar en filas de diez en diez Kobdas, por aquella arcada ancha y baja que era la única entrada al vasto recinto.

Los últimos diez llevaban pebeteros, que exhalaban el humo perfumado, de igual esencia que la que emanaba al consumirse la cera de los velones, y los depositaban encima de los bordes de la pilastra con agua.

Después, cerraban la puerta y siete quedaban de pie junto a los velones.

El Pharahome se dirigía hacia la pilastra, tocaba el agua con sus manos y decía:

—Clara como esta agua que refleja la imagen de Numú, sea nuestra mente.

“Como este humo perfumado, suba hasta Numú nuestro pensamiento.

“Como la luz de estos cirios, sean apagados cerca de Numú nuestros humanos deseos.

Los siete Kobdas, de pie junto a los velones, apagaban su luz amarillenta y todo quedaba a oscuras. Enseguida invadía una sensación de completa soledad, a causa del profundo silencio, hasta que empezaba a oírse suavísima, extraterrestre, casi divina, una lira cuya melodía semejaba una plegaria sollozante primero, serena después, y por último arrobadora y extática, como si el alma de la lira fuera también un alma humana en contacto con la Divinidad.

En esta noche serán Joheván y Aldis los favorecidos por los tesoros de Numú, atraídos con el esfuerzo mental de todos aquellos Kobdas, consagrados a la Sabiduría y al Amor.

Zahín les condujo hasta el estrado del Pharahome, que tenía una especie de tarima donde les hizo sentar, en forma que les servían de respaldo los soportes del estrado.

La divina lira terminó su plegaria de armonías, y el Pharaohome colocando sus manos sobre las cabezas de ambos jóvenes, dijo en alta voz:

– ¡Que Numú haga la luz en vuestro camino!

A los pocos momentos, una luz azulada suavísima empezaba como a diseñar resplandores, aligerando la penumbra en el sitio en que estaba la pilastra del agua, los pebeteros y la hermosa decoración mural, con la imagen de Numú caminando por una verde pradera florecida, abrazado con el cordero, símbolo de la humanidad.

Pero no se veía ya ni la pilastra, ni la decoración, ni los pebeteros. Era la luz azulada y mortecina que tendía celajes opacos al principio y vívidos y fulgentes después, hasta que claras imágenes empezaron a diseñarse vivas y transparentes. Y los que no habían caído en hipnosis, contemplaron la esplendente visión plasmada por las fuerzas astrales.

“En un valle iluminado por un sol naciente, se encontraron de pronto seis seres humanos, jóvenes, hermosos y felices. Eran amigos y se amaban desde hacía mucho tiempo. Una misteriosa cita les unía de nuevo, en ese instante en que iban a despedirse para bajar a la tierra, en cumplimiento de la parte que les correspondía en la gran misión redentora de la humanidad terrestre. Joheván y Aldis se reconocieron a sí mismo en dos de aquellos seres, y en los otros cuatro vieron con nítida claridad a Sophía, Milcha, Adamú y Evana, todos en estado espiritual y en los planos astrales.

“Después, y ya en el plano físico, vieron en forma que no había lugar a dudas, reflejado claramente el hogar donde cada uno nació, después el desposorio secreto de Aldis y Milcha, las nupcias de Joheván y Sophía en la isla aquella después de la fuga, el nacimiento de los dos pequeños como un beso del Altísimo sobre las almas que se amaban. Otra vez estaban unidos aquellos seis seres, como en el día aquel de la cita misteriosa en el valle astral, iluminado por un sol naciente”.

¡Joheván y Aldis lloraban lágrimas mudas y sin sollozos, dominados por una emoción profunda, indescriptible!

Entonces se oyó la voz suave y serena del Pharaohome que decía:

– ¡Aquí termina el dominio del pasado y comienzan a plasmarse los propósitos que hicisteis y que si sois fieles a ellos, realizaréis en lo que os resta de vida terrestre!

La luz, que diseñaba resplandores se apagó, quedando la vasta sala de nuevo sumergida en tinieblas. Otra vez la lira desarrolló la guedeja armoniosa de su plegaria, como un canto de amor heroico y sublime hasta la inmólación. Cuando calló la lira, la luz azulada empezó de nuevo a diseñar bocetos, imágenes, lugares, escenas llenas de vida emotiva, con dolores y con alegrías, con virtudes heroicas y con lamentables errores, como es la vida humana en la tierra.

“Se vio a Milcha y a Sophía con los niños en la caverna, protegidos invisiblemente por Gaudes y su legión de espíritus afines, y en lo material por Madina y toda la familia reniana, domesticada y criada por él.

“Vieron libertarse de su materia el espíritu de Sophía, luego el de Milcha y que los niños ya adolescentes se unían, para formar una nueva familia. Más tarde, el advenimiento de Kaíno y de Abel, junto a ellos; la carrera de apóstol del uno y el camino de ambición y de egoísmo del otro.

“¡Vieron la inmensa luz que se hacía en torno del Apóstol, luz que se derramaba como un río caudaloso por toda la humanidad, arrastrando inmensas muchedumbres a purificarse en esa corriente de aguas que emanaban claridad, paz, dicha y amor!

“Se vio luego la bóveda de Joheván y él dormido en su lecho, se vio la rotonda de Bohindra y él dormido sobre un banco con su lira sobre las rodillas. De pronto un estremecimiento suave sacudió el cuerpo envejecido del Kobda poeta, y su espíritu libre ya de su pesada vestidura de carne, salió de la rotonda y entró en la bóveda de su hijo, cuyo doble etéreo se levantó del sitio mismo en que yacía su cuerpo, y feliz como en un arrobamiento de éxtasis, se abrazó con el cuerpo astral de Bohindra, diciendo:

“–Gracias al Altísimo que me llegó sin tropiezos la hora de mi libertad.

“–Bendito sea Dios que me permite continuar mi tarea en tu materia joven, vigorosa y fuerte, –le contestó el anciano.

“Aliados eternamente para las causas del bien y de la justicia, el uno desde el mundo espiritual, el otro en el plano físico, continuarían sin interrupción aquella jornada a la que aún faltaba mucho camino por hacer.

“Y la luz astral continuaba diseñando con sus pinceles de Maga..., y se vio que, después de una tierna despedida, el espíritu de Bohindra caía en suave turbación o letargo, y con el auxilio del doble etéreo de Joheván y de otros seres animados de corrientes simpáticas, realizaron el delicado trabajo de la posesión permanente del cuerpo abandonado del joven, por el espíritu de Bohindra.

“Cuando Joheván vio que el cuerpo mental del que fue su padre estaba ya en pleno contacto con aquel cerebro que él había animado, cortó el lazo fluido que aún le unía con su materia, y se alejó hacia el valle aquel de la cita misteriosa, iluminado con los resplandores de un sol naciente!

“Allí le esperaban Sophía y Milcha.

“Se miraron, se reconocieron y se les vio confundidos en un estrecho abrazo...”

– ¿Y yo..., y yo? –gritó Aldis, sin poderse contener en ese instante, viendo que su imagen faltaba en aquel divino cuadro de amor y de felicidad.

Este clamor súbito de Aldis, que el Pharaohome no tuvo tiempo de evitar, cortó la visión y la sala quedó nuevamente a oscuras.

Los doscientos Kobdas de los estrados delanteros y Aldis, fueron sacados en camillas por los demás Kobdas, pues habían sufrido una fuerte conmoción en su sistema nervioso, debido al grito inesperado del inexperto joven, y era necesario un reposo absoluto para que volvieran a su estado normal.

Fueron conducidos a la rotonda o Jardín del Reposo de Bohindra, que era a la vez la enfermería de la Casa de Numú, y recostados en los grandes bancos de piedra cubiertos de pieles, quedaron sólo los enfermos con el Pharaohome, Bohindra y seis Kobdas más, cuyas facultades magnéticas y mentales les hacían aptos para estos casos.

Unidos los seis por las manos, pero con los rostros vueltos hacia afuera, se quedaron quietos como estatuas de piedra, de pie, erguidos, tan cerca como les fue posible de aquellos a quienes querían aliviar.

Bohindra tomó su lira y empezó a ejecutar una melodía suavísima, apenas perceptible. El Pharaohome paseaba su mirada investigadora por cada uno de aquellos hombres semimuertos que, tendidos entre mantas de pieles, no daban señal ninguna de vida, mientras los seis que formaban cadena habían desaparecido entre una hoguera de rayos luminosos, que partiendo de sus cuerpos se extendían como flechas hacia el cerebro y el plexo solar de cada uno de los enfermos.

Como el menos afectado era Aldis, fue el primero en dar señales de vida. Después de unos instantes abrió los ojos y se incorporó. El Pharaohome se le acercó. Iba a hablar para pedir disculpas por el inmenso mal que había causado, pero el Pharaohome le puso un dedo en la boca para que callase y, acariciándole la cabeza, trataba de devolverle la confianza y la tranquilidad.

Mientras tanto, los rayos luminosos iban invadiendo todo el recinto y las plantas empezaban a emitir también corrientes como ondas de luz sonrosada y tibia. El agua de la fuente se encrespaba en pequeñas burbujas y ondulaciones, como si absorbiera y tragara sedienta aquellos rayos de luz y aquellas ondas, que ya formaban como un gran incendio sin ruido y sin llamarada, porque semejaba como una inmensa nube luminosa y cálida que lo envolvía todo, absolutamente todo.

La melodía de la lira se esfumó como en un suspiro, y un silencio profundo reinó en aquel recinto. La nube luminosa se fue diluyendo, esfumándose hasta desaparecer por completo, y pudo verse al Pharaohome y Bohindra que hacían sentar a los seis de la cadena, al borde de la fuente y que ellos, alzando agua en el hueco de sus propias manos, bebían de ella gran cantidad. Luego hacían beber de esa misma agua a los enfermos que ya se habían incorporado.

Poco a poco todos fueron reanimándose, y sólo dos de ellos no volvieron más a la vida física.

– ¡Los he asesinado yo!– decía Aldis desesperado, cuando se comprobó que estaban muertos.

–No os desesperéis, hijo mío –le dijo el Pharahome–, porque ellos dos tenían ya su misión terrestre terminada. Habían llegado al máximo de desarrollo de sus facultades psíquicas; dentro de esta atmósfera terrestre no se podía ir ya más adelante y Numú les había anunciado que debían desencarnar dentro de poco, para preparar los caminos del Verbo Eterno que llega. De tal modo esos dos espíritus habían dominado la materia, que el cuerpo físico no era ya para ellos más que una sombra. Se van después de haber terminado una vasta labor. El uno tenía sesenta y dos años, y el otro sesenta y ocho. Han llegado aquí casi adolescentes, o sea ambos con menos de dieciséis años. Su partida al mundo de la luz, era esperada entre nosotros de un momento a otro, pues el grado de su lucidez y sensibilidad era tal, que sentían a largas distancias el dolor humano; sobre todo si ese dolor o angustia lo sufrían seres pertenecientes a la Alianza de Numú.

“Cuando vosotros fuisteis capturados por los piratas, ellos dos sintieron vuestro clamor, y ordenamos entonces concentración de fuerzas mentales para que fuerais traídos a Neghadá y poderos salvar de sus garras. Nuestro Kobda Zahín os esperó en la costa, ya lo recordaréis, y os compró por orden nuestra al pirata que os había apresado.

Aldis no salía aún de su estupor, y no podía olvidar que su grito inoportuno, había causado la muerte a aquellos dos Kobdas, que yacían rígidos sobre los bancos de piedra del recinto.

Los demás iban incorporándose y todos, uno a uno, fueron dejando un beso reverente y silencioso en las frentes tibias, aún, de los Kobdas libres, como llamaban ellos a los muertos. Después se alejaron sin hablar palabra. El Pharahome se alejó también, y Bohindra condujo a Aldis a su bóveda particular, donde encontraron a Joheván como bajo la impresión de un gran susto.

–Murieron dos, –dijo apenas les vio entrar.

–Morir es palabra que no se dice jamás en la Casa de Numú –le dijo casi con severidad Bohindra–. Dos hombres se han libertado querrás decir, hijo mío.

–Pero, ¿cómo gritaste Aldis, cómo fue eso?

– ¡Yo mismo no lo sé, Joheván! ¡No sé, me impresioné tanto! Y tú, ¿cómo sabías que esos dos Kobdas se habían..., libertado? –dijo, recordando lo dicho por Bohindra.

– ¡Pues muy sencillamente! Les he visto entrar por mi habitación con la puerta cerrada, y me han dicho: “Acabamos de libertarnos, gracias al

grito de tu compañero; esperamos que te libertes tú para encarnar los tres al mismo tiempo en humildes familias del país de Irania, entre el Tigris y el Pison”, y se han marchado.

–Quiere decir que tienes una cita importante para después de tus días terrestres –dijo tranquilamente Bohindra, mientras los dos jóvenes no conseguían dominar aún la impresión y el estupor que todos estos acontecimientos les producían.

La estoica serenidad con que en aquella Casa se miraba a la muerte, les parecía algo muy fuera de lo normal.

Comprendiendo esto, Bohindra les dijo, mirando intensamente aquellos hermosos rostros juveniles, donde con tanta nitidez se grababan todos sus pensamientos.

–Estáis asombrados de vernos terminar la vida con tanta tranquilidad, ¿no es así?

–Verdaderamente –contestó Aldis.

–No tendría lugar ese asombro, si pensarais a fondo en lo que es la vida terrestre, lo que ella significa para el ser, y lo que es y significa la desencarnación o estado libre del espíritu. Amamos la vida en cuanto ella nos sirve para el cultivo y desarrollo de nuestro verdadero ser, en forma que al dejar la materia, estemos mucho más adelantados que lo estábamos al encarnar. En la Casa de Numú no tenemos otra finalidad que el cultivo de las grandes facultades sensitivas, mentales y espirituales del ser, para emplearlas en bien de las grandes causas, de cuyo triunfo dependerá un grado más de progreso para esta humanidad de que formamos parte. ¿Sabéis vosotros la fuerza que significa, dentro de la humanidad, los diez Santuarios Kobdas que existen actualmente en ella?

– ¿Y todos son tan grandes como este?– preguntó Joheván a su padre.

–De los que existen hoy, éste es el más antiguo y el más numeroso. Los Kobdas Fundadores fueron también los creadores de la lengua que aquí se habla, y que está extendida por todo el valle del Nilo y por la costa Sudeste del Mar Grande, aunque a veces desfigurada por voces introducidas de las lenguas aglutinantes, que se van formando con las continuas mezclas de razas y de tribus.

Desde Neghadá hasta el Cáucaso, y desde el Mar Grande hasta el lejano Birmán, están esparcidas las moradas de los Kobdas, porque Numú envió aquellos diez primeros para prepararle los campos, en los que él sembrará a su venida. Pertenecieron a un núcleo emigrado de Atlántida, azotada por las aguas y se refugiaron en las cavernas de las montañas del Noreste africano, donde los gigantescos picos del Revenzora les dieron refugio por tres siglos. Aquellos diez inspirados de Numú, lucharon hasta levantar este edificio, adonde podrían acudir gentes de todas las razas y de todas las condiciones sociales.

–Pero, ¿esos diez primeros Kobdas vivieron así tantos siglos? –preguntó Joheván, asombrado de tal longevidad.

– ¡Desde luego que con la misma materia, no!, pero la Ley Eterna permite a los seres cuyas misiones no pueden ser terminadas en el corto período que resiste un cuerpo físico, tomar otra materia joven y vigorosa, sin pasar por la turbación de la desencarnación y nuevo nacimiento, y esto se realizó en ellos, que han sobrevivido hasta que esta Institución tuvo vida sólida y estable.

–Y esos Kobdas, ¿no han vuelto a la tierra después? –preguntó Joheván.

–Tan solo a intervalos están en la atmósfera de este planeta, porque son originarios de otras esferas de mayor progreso, y a ellas retornan cuando terminan la obra encomendada. Casi todos habían venido de la hermosa Sirio, y algunos de Venus y de Vhega, y de tiempo en tiempo recibimos mensajes suyos, que nos alientan y nos obligan a conservar y acrecentar su obra, tan pura y elevada como ellos la fundaron.

–Con tanta grandeza como atesoráis en este recinto, llegará un día en que dominaréis el mundo –observó Aldis.

Bohindra movió la cabeza negativamente y contestó:

–No es esa nuestra misión y el día que nos mezcláramos con las muchedumbres ambiciosas de poder y de dominio, perderíamos toda esta fuerza suprafísica que nos rodea. Los poderes espirituales elevados, están reñidos con la grandeza material que halaga los sentidos y alimenta las bajas pasiones del ser. El Kobda, para ser digno de su nombre, que significa *Corona*, o sea lo más alto a que puede llegar el ser humano en la tierra, debe empezar por dominar en absoluto sus pasiones y sus deseos de hombre. Lo que realice ha de ser porque la razón y la justicia así lo reclaman; en ningún caso por solo el placer de la satisfacción de un deseo.

“Aquí conceptuamos la vida espiritual como la verdadera vida del ser y es a la que dedicamos los mayores esfuerzos. La vida física en sus aspectos de social y colectiva, nos interesa mientras sirve a las grandes causas de la evolución humana.

“Suponed el caso de un Kobda de real estirpe. Sus padres eran reyes, pero él era un hijo tercero. Había dos herederos antes que él; pero estos dos herederos murieron en una epidemia que asoló el país. Este Kobda llevaba aquí catorce años. Su pueblo lo reclamaba con desesperación, porque no acudiendo él a ocupar su trono, lo ocuparía un hermano de la viuda del heredero, y tal sujeto pertenecía a una dinastía mucho más atrasada en su religión y en sus leyes, pues mantenían en su culto los sacrificios humanos, lo más delictuoso que hay en la trasgresión de la Ley Divina.

“El Alto Consejo de la Casa de Numú, no sólo le aconsejó, sino que le ordenó acudir al llamado de su pueblo y tomar allí una esposa pura, para

dar herederos a la dinastía de sus mayores. Cuando su hijo mayor fue capaz según la ley, para ocupar el trono, nuestro Kobda regresó a nosotros y aún vive. El más anciano de los diez que formamos el Alto Consejo del Pharahome, es este Kobda-Rey de que os hablo. Su pueblo realizó un gran avance en su evolución espiritual, y bajo el reinado suyo en el país de Zoar, se fundó otra Casa de Numú sobre la costa oriental del Mar Eritreo Norte, que realiza los mismos fines que la nuestra. Diez Kobdas de esta Casa fundaron aquélla y aun la gobiernan y dirigen en la actualidad.

– ¡Según esto, pienso que sería también justo y razonable, que nosotros dos saliéramos para proteger a nuestras esposas y a nuestros hijos!
–observó Joheván, que creyó encontrar una pajilla de que tomarse.

–Razonando humanamente, sí, hijo mío, pero tu caso no es el caso del Kobda-Rey. Y voy a explicaros. Vosotros encarnasteis por dos razones:

“Primera: Habiendo estado cerca del Verbo de Dios en su anterior venida a la tierra, obrasteis erradamente a su mismo lado y más equivocadamente obrasteis después en nuevas encarnaciones, cooperando inconscientemente a que se desvirtuara su ley y se adulterase su doctrina. Los amores humanos y la ambición de grandezas torcieron muchas veces vuestro rumbo. Necesitáis eliminar lo que habíais creado con vuestros errores, y ahí tenéis la primera razón de esta existencia actual: Vuestra purificación interior.

“Segunda razón de vuestra vida terrestre: Acercándose de nuevo la venida del Verbo, habéis querido ser los primeros en el sacrificio para reconstruir aquello que destruisteis con vuestra inconsciencia. Y habéis pactado y aceptado servir de simiente para la nueva humanidad, que debe levantarse pura como una desposada, a recibir a su Amado que llega. Vuestras dos esposas fueron vuestras aliadas en el pacto para dar vida a los dos seres que serán la raíz de esta nueva civilización. Esa misión está cumplida; quiere decir que vuestro deber, en cuanto a la humanidad, está consumado, y si buscarais de uniros nuevamente a vuestras esposas sería sólo para tener el placer egoísta del amor humano satisfecho. Además, vuestras esposas tienen más desarrollo espiritual que vosotros y como sus materias no son aptas ya para futuras procreaciones y deben ambas desencarnar pronto, os veríais de nuevo enredados en la grosera vida de los sentidos, y continuaríais en los mismos errores y desvíos que os hicieron fracasar en encarnaciones anteriores. Mientras que si permanecéis alejados de la vida grosera y carnal, os ponéis en condiciones de ser auxiliares eficaces del Verbo Eterno en su próxima venida a la tierra.

–Pero todo esto no pasa de ser una suposición vuestra, según creo
–dijo Joheván a su padre.

–Suposición muy razonable si se quiere, pero que no encierra una plena seguridad para nosotros –añadió Aldis, ayudando a su amigo.

–Si todas las manifestaciones plásmicas que habéis presenciado no os dan una seguridad, será porque estáis en el número de los ciegos que no quieren ver. Pero apartándonos de las cosas puramente espirituales, decidme con toda lealtad y franqueza: ¿Tenéis la fuerza de voluntad suficiente para que, vueltos a la vida entre las muchedumbres inconscientes y corrompidas, siendo ya desencarnadas vuestras esposas, vivir en la continencia y la pureza sin contaminaros con el vicio y la degradación reinantes? ¿Sois capaces de ser un reflejo de la Ley Eterna, entre la formidable marejada de la iniquidad que impera sobre la tierra? ¿Estáis seguros de no causar la desviación de esos dos hijos que habéis traído a la vida, para ser la raíz pura de una civilización nueva? –Bohindra esperó la respuesta en silencio.

Ambos jóvenes inclinaron su frente ante la luz serena y dulce que emanaba de los ojos del Kobda poeta, y Joheván, más sensitivo que su compañero, no pudo impedir que dos gruesas lágrimas rodaran de sus ojos entornados.

Se sentía vencido por el razonamiento de su padre, y Aldis se sintió vencido como él.

–Por mi parte confieso que volvería a ser el mismo que era antes de conocer a Milcha –declaró Aldis cuando le fue posible hablar.

–Y yo –dijo Joheván–, perdiendo a Sophía que me elevó hasta la pureza de un amor excelso, tornaría a buscar el placer de los sentidos porque allí ahogaría el dolor de haberla perdido.

– ¿Queréis partir de este lugar?

–No –contestaron los dos a una voz.

–Mas, permitidme una pregunta –dijo Joheván–. ¿Vosotros sabéis dónde ellas se encuentran?

–A punto fijo, no; únicamente sabemos que están poco más o menos en la región en que debe encarnar el Verbo de Dios, que es en las tierras que riegan el Éufrates y el Ildekel, y sabemos que están protegidas y vigiladas por las almas errantes, unidas a la Grande Alianza de Numú para esta hora, y que no estarían más seguras con vuestra protección material, que lo están bajo la tutela invisible de nuestros hermanos que pasaron al reino de la luz.

“Vosotros sabéis tanto como yo en este sentido, pues ellas mismas os han manifestado su actual situación; y las grandes fuerzas astrales de que disponemos os han revelado en forma inequívoca, que todo esto es una realidad. Meditadlo vosotros, que aun tenéis mucho tiempo para elegir con entera libertad vuestro camino.

Bohindra con su habitual dulzura acarició las cabezas inclinadas de ambos jóvenes y se alejó.

